

# LAS FANTASMAS HUYERON

María Eugenia Leefmans



Universidad Autónoma  
del Estado de México



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

Doctor en Ciencias Computacionales

**José Raymundo Marcial Romero**

*Secretario de Docencia*

Doctora en Ciencias Sociales

**Martha Patricia Zarza Delgado**

*Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados*

Doctor en Ciencias de la Educación

**Marco Aurelio Cienfuegos Terrón**

*Secretario de Rectoría*

Doctora en Humanidades

**María de las Mercedes Portilla Luja**

*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Ciencias del Agua

**Francisco Zepeda Mondragón**

*Secretario de Extensión y Vinculación*

Doctor en Educación

**Octavio Crisóforo Bernal Ramos**

*Secretario de Finanzas*

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

**Eréndira Fierro Moreno**

*Secretaria de Administración*

Doctora en Ciencias Administrativas

**María Esther Aurora Contreras Lara Vega**

*Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional*

Doctora en Derecho

**Luz María Consuelo Jaimes Legorreta**

*Abogada General*

Maestra en Salud Animal

**Trinidad Beltrán León**

*Secretaria Técnica de la Rectoría*

Licenciada en Comunicación

**Ginarely Valencia Alcántara**

*Directora General de Comunicación Universitaria*

Doctor en Ciencias Sociales

**Luis Raúl Ortiz Ramírez**

*Director de Centros Universitarios y  
Unidades Académicas Profesionales Región A  
y Encargado del Despacho Región B*

# Las fantasmas huyeron

Cuentos alrededor de  
*El sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS  
*Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México*

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

Doctora en Humanidades

**María de las Mercedes Portilla Luja**

*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Administración

**Jorge Eduardo Robles Alvarez**

*Director de Publicaciones Universitarias*

María Eugenia Leefmans

LAS  
FANTASMAS  
HUYERON

Cuentos alrededor de  
*El sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz



Universidad Autónoma del Estado de México

*“2024, Conmemoración del 60 aniversario de la inauguración de Ciudad Universitaria”*

Leefmans María Eugenia.

Las fantasmas huyeron / María Eugenia Leefmans.

4ª ed.

Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México, 2024.

110 p. ; 22.5 cm.

ISBN: 978-607-633-787-5

1. Juana Inés de la Cruz, Sor, 1651-1695 -- Crítica e interpretación

PQ7296.J6 L44 2024

Cuarta edición, abril 2024

*LAS FANTASMAS HUYERON*

María Eugenia Leefmans

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-787-5

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Editor responsable: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Ariana Cuadros Pedral

Diseño y formación: Jarini Toledano Gil

Diseño de portada: Luis Maldonado Barraza



## CONTENIDO

PROEMIO	11
PRÓLOGO	13
El incunable	19
La cuarta morilla	29
Clavis	33
La primera letra	35
La danza	39
El pez	43
La dulce enemiga	47
1680	53
El clamor	57
El papiro de sor Juana	61
El invidente	65
La estrella	69
La representación	73
Triángulos mágicos	77
Coincidencias	81
El silencio	85
¡Oh Alá!	87
La confesión	91
Vanidades	95
La peste	99
El salmo escondido	105
La leyenda	109





*A Carmen Rosenzweig, Enriqueta Ochoa y  
Vicente Quirarte.  
Ellos conocieron mi devoción por sor Juana  
y recomendaron estos cuentos.*



## PROEMIO

*Las fantasmas huyeron* es una obra verdaderamente original, cuya urdimbre es la realidad (la vida del siglo xvii en el Convento de San Jerónimo) y su trama sorprende por su fantasía, tejida en torno al poema supremo de sor Juana Inés de la Cruz: el *Primero Sueño*.

Jugando magistralmente con los enigmas, el libro se va impregnando de magia, con numerosos fragmentos escritos en una prosa poética de calidad. Así, por ejemplo, cuando sor Juana sueña que camina descalza sobre la arena blanca y de pronto ve “*a un dios barbado envuelto en espuma del mar*”, Quetzalcóatl, quien le entrega una pluma para que ella escriba su poema *El Sueño*.

Un sueño dentro de otro. ¿Será verdad que, como expresó un gran poeta del México prehispánico, Coyolchiuqui, “sólo venimos a soñar”? ¿Que “la vida es sueño”, como escribió en su obra maestra Calderón de la Barca?

“Vivir en San Jerónimo no era desagradable”, nos dice el libro. En el ambiente de aquel forzado encierro se respiraba un perfume de claveles y jazmines. Lo desagradable para sor Juana era que su privilegiada inteligencia, su insaciable afán

de leer y su maravillosa obra literaria provocaran rechazo, amenazas, envidias y persecución por parte de un clero oscurantista, que no podía aceptar eso en alguien del sexo femenino. Por eso en sus sueños, ella expresa que los favores divinos le permitieron dejar de ser mujer. ¡Qué vergüenza para el confesor fanático y el arzobispo misógino que tanto la atormentaron!

De tiempo atrás, he compartido con María Eugenia Leefmans mi profunda admiración por la monja ilustre que tanta gloria le ha dado a nuestro país. Y en estas breves líneas, deseo agradecerle que nos haya brindado un libro tan valioso y hermoso como éste.

CARLOS ELIZONDO ALCARAZ

MAYO, 1999

## PRÓLOGO

Recrear, difícil talento.

En una genuina atmósfera de la época sorjuaniana lograda por Menia, Ma. Eugenia Leefmans, la autora, nos narra los orígenes de un incunable, extraviado sólo por momentos. “La cuarta morilla” es la pupila de sor Juana, quien extrañaba vivamente a su madre y en el cuarto de música hace surgir unas estrofas de los antepasados criollos. Todo para que ésta desvaneciera su melancolía y recuerdos de su mundo perdido. En “Clavis”, su tutora le dice que “las puertas de gruesa madera, de fierro o de piedra, nunca serían tan infranqueables como las de la mente”... Y, después de darle su tutora una clave triangular, descubre que la llave de las puertas de la gran jerónima está en *El Sueño*.

La novicia (y uno se percata, por el manejo tan admirable del tiempo encerrado en el convento, es decir, de su atmósfera, que está físicamente dentro de él) hace transcurrir sus largas horas bordando, copiando fragmentos del Génesis, acercándose a sor Juana, y en esa proximidad observa su inmenso espíritu, así como sus pasiones pues estaba viva.

Transcurren fiestas religiosas, así como se experimentan inocentes placeres de estar en la huerta y en las hortalizas.

Entre oraciones y mortificaciones, surgen remembranzas de los primeros cristianos. También se bebe chocolate con abundante espuma y hay raciones de ate de membrillo. En determinadas ocasiones aparecen las golosinas preparadas por las monjas para agradar a la virreina en turno.

Sor Juana dibuja, en la harina recién cernida, un pez y observa en voz alta: *“Como en mi silva, aquellos seres crecían y se hacían fuertes en la oscuridad, combatiendo la furia de aves de rapiña. Poco a poco conquistarían el derecho a la luz hasta gozarla plenamente”*.

En “La dulce enemiga” sor Juana nos transporta con gran belleza a sus días, a sus pasiones y temores, a sus poemas. Le dice a su pupila:

La letra de vuestra canción del siglo pasado me hizo reflexionar sobre mis tormentos. Hay cosas que ni a mi confesor me atrevería a decir, como el trabajo que me cuesta aceptar el haber nacido en la tierra, que también soy polvo y en polvo he de convertirme, por eso con mis versos sueño con llegar a las estrellas, asirme a su luz y verme algún día coronada por la palabra, a quien trato de hacer hablar a través de la censura, de los temores, las fantasmas y del tiempo.

La condesa de Paredes dona al convento una edición que interpreta pasajes del Antiguo Testamento y el pensamiento de Maimónides; sor Juana la obsequia con su famosa repostería conventual. En ocasión posterior hace comentarios memorables: *“¿Por qué no puedo elevar mi voz, si ha sido un regalo del Señor?”*.

“El papiro de sor Juana” es la expresión soberbia relatada por la pupila de la augusta monja, acerca del sentir suyo:

Es polvo de tierras lejanas, deseaba escapar de un mundo que hace a un lado a la mujer. Caminé por un valle árido, no veía casas ni edificios, aunque había señales de puertas que conducían a construcciones subterráneas.

...“El invidente”, “La estrella”, “La representación”, los “Triángulos mágicos”, las “Coincidencias”, “El silencio”, la referencia a la carta dirigida a sor Filotea de la Cruz. La pieza “¡Oh Alá!” se refiere magistralmente a una conversación sostenida en el convento por la monja y fray Jesús.

Finalmente, con la lectura de “La confesión”, “Vanidades”, “La peste”, “El salmo escondido” y “La leyenda” concluyo los fragmentados comentarios de un libro singular que hace vivo el tiempo de sor Juana. Reitero mi admiración por María Eugenia Leefmans, Menia, escritora venezolana que ha captado, como muy pocos lo han logrado, el espíritu de sor Juana y su época; por otra parte, recrea atmósferas como en su momento lo hicieron José Revueltas en *El apando* y Albert Camus en *El extranjero*.

CARMEN ROSENZWEIG  
*Septiembre de 1997*





*La certidumbre de que todo está escrito  
nos anula o nos afantasma.*

JORGE LUIS BORGES

*Las tinieblas más oscuras con que quiso sor Juana Inés de la Cruz (ingenio bien conocido) dar a conocer a todos la claridad de su ingenio (en un sueño que finge), ya menos tenebrosas con la luz de algún comento, salen a oscurecer el sentir afirmativo de algunos que dijeron quiso este ingenio entendido dar en que entender con versos ajenos de inteligencia.*

*Ilustración al Sueño de la décima musa mexicana*

PEDRO ÁLVAREZ DE LUGO USODEMAR



## El incunable

Mauro Tovar, uno de los obispos de la Diócesis de Chiapas, era el hermano mayor de mi padre, quien vino invitado a la Nueva España para hacerle compañía y como ayuda en la parte administrativa y contable de su cargo. Cuando fue obispo de la provincia de Venezuela no era bien acogido por la aristocracia de esa Capitanía General, ya que se inmiscuía en la vida privada de los feligreses. Les exigió, a cambio de indulgencias, mucho dinero para crear el primer seminario caraqueño. Durante su jefatura, Caracas se conmovió con un terremoto que dejó a la ciudad en ruinas, y él lo sermoneó como castigo merecido por la desobediencia de sus habitantes. Unos años después vino la insurrección indígena que ocasionó su cambio a la Diócesis de Chiapas. El duro fraile benedictino no tuvo éxito con el encargo de “reducir” a los indios, o sea atraerlos de buen grado a la fe y obediencia del rey.

Allí, donde los indígenas no asimilaban la nueva religión sino que la mezclaban con la propia, conoció a un miembro de la comunidad jesuita de la Diócesis de México, quien pasó a visitar la región. Mi tío y el culto caballero entablaron una amistad que fomentaron con correspondencia sobre temas

literarios a través de los años y hasta la muerte del primero. Ambos compartían el gusto por la poesía y desde la ciudad de México le envió unas páginas con algunos de los sonetos y décimas escritos por una monja del claustro de San Jerónimo llamada Juana Inés de la Cruz.

Al tío lo traté poco, era yo una niña cuando él murió. Mi madre le estuvo siempre agradecida por haber arreglado, antes de su muerte, nuestro traslado a Veracruz y de allí a la capital, donde su amigo nos daría albergue y cuidaría de la biblioteca heredada que pasó a acrecentar la propia. Contaban las pláticas maternas que el obispo se sentía orgulloso de los volúmenes poseídos; entre ellos nombraba como muy apreciables los de Atanasio Quirquerio, sobre una cultura misteriosa en un país anciano del norte de África llamado Egipto, con un río muy largo que desembocaba en el mar Mediterráneo.

Crecí en el ambiente de silencio y recogimiento del ahora exsacerdote paseándome entre los estantes llenos de libros que él me enseñó a sacudir con sumo cuidado y a colocar en el sitio dispuesto para ello. Se reservó para sí la custodia y preservación de los incunables. Cada libro era una persona dentro de aquella biblioteca. Toda la casa giraba a su alrededor. También me enseñó a leer y a escribir. Cuando tenía deseos de hablar le gustaba contar la historia de los autores que nos rodeaban y el origen de sus obras; rara vez escuchaba mi opinión sobre las lecturas sugeridas.

Al enfermar mi madre, “una isleña” proveniente de las Canarias —blanca de tercera clase como le decían en el Caribe— un temor se convirtió en su obsesión. Creía partir pronto, experimentaba los mismos síntomas de mi padre antes de morir: la fiebre alta, la debilidad y el sudor frío causado por las picaduras de mosquitos en el trópico. No deseaba que me quedara sola en la casa de nuestro benefactor. Comenzó a

indagar junto con su confesor las posibilidades de que entrara a un convento, aunque no tuviera vocación ni la dote para ello. Fray Andrés, para tranquilizar a la enferma, se comprometió a conseguir de una de las madres del convento de las jerónimas, quien disponía de fortuna propia, por obtenerla y acrecentarla con sus escritos, una dote para mi ingreso en esa orden.

Sor Juana, quien luego sería mi tutora, aceptó con gusto; las referencias sobre mi trabajo de auxiliar en la biblioteca de su amigo, el exjesuita, eran excelentes y le urgía alguien que le ayudara en esa labor dentro del convento, ya que no todas las personas con quienes convivía podían leer y escribir.

En una mañana de invierno, después de contemplar por un rato la nieve de los volcanes que enmarcan la ciudad que me adoptó, detrás de un portón de madera gruesa, quedó parte de mi vida. Hincada en uno de los reclinatorios de la capilla, esperaba que una monja me condujera al interior del convento. Pedí a Dios me permitiera almacenar, como tesoro oculto, el inmenso cielo de azul radiante, cual plumas de guacamaya, que hasta ahora me había envuelto, mientras tanto oía, procedente de la calle cercana a una puerta lateral, la caída al pavimento de los baúles con todas las tardes de sueños enhebrados para bordar y tejer, que ahora serían propiedad de las jerónimas.

Escuché la débil voz de mi madre al despedirse de la superiora y un llanto contenido brotó del interior de mis entrañas, luchando por ser discreto y silente. Unos pasos seguros se comenzaron a oír a mi lado acompañando las lágrimas que sorbía con agrado. —Algunas veces la amargura de un momento se torna dulce cuando la hacemos toda nuestra—. Unas manos suaves tomaron las mías, le dieron calor a la frialdad de un instante no deseado. Me pidió recorrer el claustro a su lado. En el patio, el olor a jazmines tranquilizó

mi espíritu y con la conversación junto a la fuente de un pez que escupía el agua se ahogaron algunos de mis temores. El cielo se volvió un cuadrilátero, color azul de nomeolvides. Me asignaron el aire suficiente para mantener mis pulmones funcionando, siempre y cuando éstos respiraran al ritmo gregoriano de este nuevo hogar. Sor Juana adivinó mi miedo, su carácter simpático y bromista hizo más fácil entablar una respetuosa amistad entre tutora y novicia, en donde ambas se necesitaban y la última lo agradecería siempre con su fidelidad. Recuerdo me pidió olvidar el antes y lo que pensaba sería el después. Me aconsejó dejarme conducir, como cuando la diosa Isis guiaba a la reina Nefertari. Sentí un gran alivio al no volver a caminar con aquellos pasos que pretendían adherirse al suelo, entonces comencé a andar con más soltura y mi cuerpo se hizo liviano. ¡Entré a vivir un gran sueño!

Ocupé una celda al lado de las habitaciones de sor Juana. Cada mañana yo debía encargarme de organizar los papeles en que la noche anterior había escrito. Devolver los libros a sus estantes y algunas veces tomar nota de sus ocurrencias para no olvidarlas, mientras ella se ocupaba de otros quehaceres. En las tardes despachaba los recados con las criadas a familiares y amigos, generalmente con entregas de repostería y versos cortesanos que la poetisa elaboraba con mucha dedicación. Poco a poco se fue haciendo una costumbre que ella me esperara en el corredor al salir de mi celda y me contara en las madrugadas lo que había soñado. He guardado durante años, cual preciadas confidencias, estos sueños, pero ahora que sacudo algunos libros como lo hice en su biblioteca, antes de que mis recuerdos se confundan con el polvo, quiero compartirlos:

Una noche la luz llegaba a mi ventana. Perfume de dátiles, como los que probé en Veracruz, invadía el ambiente. Oí el

lejano murmullo de voces entonando cantos, parecidas a las de los monjes del coro cuando asistía los domingos a la misa de nueve de la mañana en la catedral. Esa madrugada apareció ella en mi puerta, cual viajero cansado que al regreso no tiene fuerzas para hablar. Me despertó y dejé de soñar con mi gran secreto. Quiso entregarme un papelillo con lo que vivió en su sueño:

*La arena del desierto llegaba hasta el horizonte. El viento borraba las miradas y las ideas silbaron al mismo compás palabras que encerraba entre pliegues mi mente inquieta. Iba en busca de la luz, quería llegar a su templo, pero éste se escondía.*

*Llegada la noche, cuerpos vestidos con túnicas insutas blancas comenzaron a moverse pausadamente como en una gran procesión. Acompañaban este andar con cantos de cadencia grave a dos voces, hasta desaparecer dentro de una abertura de forma triangular. Se había abierto una puerta oculta entre las piedras que permitió el acceso a los allí reunidos. Mi soñar se fue con ellos sin dejar de escuchar en el trayecto heptasílabos y endecasílabos por el resto de la noche hasta las vísperas del día siguiente en que llegaron al Templo de Saís.*

*Allí estaba la diosa, presidiendo la bienvenida. La señora con toda su hermosura, confundida con la luna y ostentando tres hermosos rostros. Nut: la diosa del cielo estrellado. Neit: madre de dioses. Todas en una sola de rostro velado: Isis. Su luz inundaba el espacio, salían rayos del cuerpo de la estatua y de la rosa de oro sostenida por sus manos caían sonidos, que unos recogieron para hacerlos música y otros para convertirlos en poesía.*

*El sueño sólo veía, oía, sintió la iluminación a su alrededor hasta saciarse y llenó sus sentidos extraños hasta quedar a **luz más cierta en un mundo iluminado y yo despierta.***

A partir de ese día comenzó una silva que llamó *El Sueño*; lo único que escribió por gusto. Tal vez sea triste y

desconocido, pero todo lo hecho con anterioridad fue por encargo. Nos divertía ver cómo quedaban escondidas ciertas imágenes dentro del poema. Admiraba al jesuita Quirquerio y a su obra, sus libros habían venido con la biblioteca de mi tío, y nuestro protector se los prestó para su estudio así como los de un matemático llamado Pitágoras; le inquietaban los enigmas de la civilización egipcia y jugaba con los números y la métrica de sus versos apoyándose en las enseñanzas pitagóricas. Quedamos atrapadas en los descubrimientos que la silva iba concibiendo y ocultando. Plasmaba mensajes para lectores inquietos del presente o futuro como el siguiente, después de llegar al verso 266 y leer de derecha a izquierda y de abajo hacia arriba:

Yod ooom leed  
diversas imágenes  
de que formase lugar  
la fantasía a que daban sino  
cuidadosa guarda, y tenaz grabó  
oficiosa, que a la memoria entregó  
pura, ya más en forma  
más segura por custodia, aquésta y  
a la imaginativa dio  
la estimativa que los simulacros  
no empañaba no sólo con ellos que  
cuatro humores de los atemperados  
vapores tan claros más húmedos  
enviaba al cerebro  
humano calor de hoguera templada...

Una noche antes de finalizar el Adviento desperté varias veces; una conversación en la celda vecina interrumpía mi



descanso. Sor Juana estaba traduciendo *Las Metamorfosis* del poeta Ovidio. Es incansable, en la mañana por pedido de la madre superiora había compuesto villancicos en náhuatl para las posadas; labor que disfrutó mucho. Siempre se sintió muy mexicana, hija de Quetzalcóatl. Con los buenos días de rutina narró este sueño y me preguntaba ¿cómo es el mar?

*—Por tercera vez la superiora me miró con ojos recriminatorios. Me había vuelto a equivocar al dirigir el vía crucis. Las novicias rezaron esa tarde diecisiete estaciones en lugar de las catorce acostumbradas. Repetía de memoria las reflexiones sobre el martirio del Calvario, pero mi mente paseaba a la orilla del mar que no conocía.*

*Caminaba descalza sobre la arena blanca, con precaución, ya que el oleaje inspira respeto. A lo lejos se divisaba un bulto, pensé que era alguno de los pescadores de la tribu. Me acerqué con cautela y vi a un dios barbado envuelto en espuma del mar. No se movía, yo tampoco. Aterrorizada por la visión me alejé de prisa al recuperarme; la escena me persiguió hasta el despertar.*

*Esa noche de estrellas, encontré a Ovidio, le conté el sueño que no entendía y le pregunté el porqué de mis temores. Juntos recordamos cuando iba caminando en la arena a la orilla de otro mar y un dios poderoso salió del océano, me acompañó y, sin que yo lo deseara, me hizo suya. Yo fui Cenís y guardé en el corazón aquella espina que lo hacía sangrar. Los favores divinos me permitieron dejar de ser mujer al convertirme en Ceneo, el que cambió de sexo, y luego en Cigno, el que se volvería cisne. Sin embargo, el temor al mar no lo podría controlar nunca.*

*Bebí el chocolate con leche y canela de la merienda. En la cocina se esmeraron en batirlo para que al servirse rebosara la acariciante espuma. La apartaba sin aprecio con mis labios. Esperé el rezo comunitario de acción de gracias para salir al patio de la fuente del pez que escupe el agua y observar las estrellas. Allí*

*pude regresar al temido mar, no alterado, aunque luego cayera en él como Ícaro, igual que el entendimiento, aquí vencido. Caminé de nuevo por la orilla del mar y un sol esplendoroso iluminaba el nuevo continente. Los miedos desaparecieron. Tropecé con un hombre de barbas envuelto en espuma del mar. Él me miró apaciblemente, movió sus brazos atrayéndome hacia su pecho y de su cabeza arrancó una pluma. Me la entregó para escribir El Sueño.*

Con esa pluma siguió escribiendo su sueño. Yo no podía dejar de leer o escuchar sus relatos, despertaba y, antes de rezar, pensaba en la aventura que acompañaría mi mente en el transcurso del día. Hasta que una noche...

*Agonizaba la luz de los cirios que en la oscuridad, junto con mi alada pluma sin ave, me hacían compañía. Sobre la mesa, tan estimable como una dote de jerónima, descansaba un libro publicado a principios del siglo pasado, cuando comenzó la imprenta en Europa, y recibido como donación de un altruista no identificado. Atraída por la desobediencia tuve que hacer uso de todas las virtudes para evitar leerlo sin autorización de la priora del convento.*

*De repente percibí el lejano sonido de las bisagras sin aceitar que caracterizaba la apertura del portón de entrada del patio trasero. Dejé de revisar la métrica de los versos que escribía y calculé que faltarían unas cuatro horas para terminar el descanso y entrar a maitines. Recordaba el leve chirriar de la puerta a esas horas desde hace algún tiempo, y me pregunté la razón de que fuese inoportuno esa noche.*

*Estuve atenta, adivinando el sigiloso caminar de alguien con pies envueltos en babuchas de suave cuero, y abracé al incunable. Mis dedos resbalaron como caricias sobre la piel que lo protegía, lo llevé cerca del corazón y lo abrí.*

*El libro estaba impreso a dos columnas; una en hebreo y la otra en latín, lo que permitía la lectura de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Entre mis manos las páginas iban y venían hasta sentir al lado una sombra que envolvía el ambiente de aire enrarecido y tomando forma se reflejaba en los muros. Una presión sentida en el hombro me paralizó y luego todo fue hielo alrededor de mi memoria. Una ráfaga de viento entró dando muerte a la luz que mantenía viva la habitación. Se hizo la penumbra. Con el alba me di cuenta de que el valioso libro no se encontraba. Pensé que su posesión era solamente un sueño, pero al acercarme a la mesa vi allí arrugada la página sesenta y seis. Bajé la mirada y en el piso unas huellas de lodo me sorprendieron, guiada por ellas me dirigí a lo largo del corredor hasta vuestro aposento. Pasé sin pedir permiso. Se respiraba un aroma de nenúfares y papiros, esperé vuestra salida detrás del biombo hasta que inquieta al asomarme encontré un hábito de novicia en el suelo, junto a él, sobre la portada del incunable, estaba escrito en tinta azul radiante el siguiente mensaje: “Escapo con las palabras del conjunto oculto entre los versos del Sueño. Se me abrieron las puertas del más allá del portón de madera gruesa del convento”.*

*Regresé a mis habitaciones, pretendí ignorar esta impresión y para distraerme comencé a leer en voz alta mis versos —en nombre de Dios— hacia la izquierda, lo que recién había escrito hacia la derecha y de abajo hacia arriba lo que otros leerían al contrario. Fue una experiencia que latió apresuradamente, igual que mi corazón cuando coloqué el libro en el pecho. Así se oía:*

*sosegado silencio del violador  
ruido sacrílego, poco aunque  
leve temiendo hacer susurro el con  
mueve...*

*y había escrito:*

*...mueve,  
con el susurro hacer temiendo leve,  
aunque poco, sacrílego ruido,  
violador del silencio sosegado.*

Desde esa vez me empeñé en despertar, deseaba contemplar  
al mundo iluminado.

## La cuarta morilla

Vivir en San Jerónimo no era desagradable. Las madres tenían vasto espacio dentro del edificio del convento, algunas contaban con planta alta a su disposición y lugar para acomodar a sus sirvientes, además de una pequeña cocina para dar rienda suelta a la inventiva de recetas culinarias. Las novicias podíamos quedarnos cerca de las habitaciones de la maestra, como fue mi caso.

La abadesa respetaba sus límites de autoridad y entre las madres vecinas reinaba la armonía, coronada, de repente, por algo así como la indiferencia; nuestro contacto mayor se efectuaba durante las oraciones comunitarias.

A mí me faltó siempre el aire y, sobre todo, el horizonte; descubrí que no puedo estar sin ver de frente el camino. Allí no existían árboles de sombra donde cobijarnos y el cielo no salía a nuestro encuentro, teníamos que buscarlo mirando siempre hacia arriba. Esto me causaba melancolía y muchas veces me ganó el sueño en la añoranza del paisaje y el recuerdo del ayer cercano o deseando su presencia, como sentí que sucedió una noche. Por eso amanecí con los ojos enrojecidos por el llanto. El agua fría del aguamanil

desinflamó mi rostro, mas no pudo ocultar el paso de las lágrimas.

Sor Juana me preguntó la causa. Le dije que extrañaba a mi madre.

—*¿Es eso todo lo que extrañas? inquirió, porque menciono en mi silva que es / confusa la elección, ...en cuantos intentamos / rumbos seguir—.*

Luego con voz consoladora afirmó que siempre, después de las visitas de los sábados en la tarde, queda uno triste. Podría tocar la guitarra en el cuarto de música para animarme.

Se presentó acompañada de sor Verónica, la madre encargada del coro, a quien le pedía consejos sobre un tratado sobre música en el que trabajaba por encargo de nuestra virreina. Lo llamaba *Caracol*. Se dirigieron hacia mí y le comenté a la hermana que para descansar deseaba hacer unos versos chuscos dedicados a mis antepasados criollos. Se inspiraba en la letra y música pegajosa de una de las canciones con la cual me arrullaba mi madre y solicitó la cantara para distraerlas un rato:

Tres morillas me enamoran  
en Jaén:

Axa y Fátima y Marién.

Tres morillas tan garridas  
iban a coger olivas,  
y hallábanlas cogidas  
en Jaén:  
Axa, Fátima y Marién.

Entablaron una conversación sobre la belleza de la música popular en la tierra de sus parientes, y la madre visitante me acompañó en el canto de la siguiente estrofa:

Y hallábanlas cogidas  
y tomaban desmaídas  
y las colores perdidas  
en Jaén:  
Axa y Fátima y Marién.

Sor Verónica se despidió un poco nostálgica. Contaban entre las novicias que era la hija de uno de los virreyes anteriores y entró al convento durante su regencia. Cuando sus padres regresaron a España, ella no pudo acompañarlos porque ya pertenecía a la orden de San Jerónimo.

Sor Juana siguió escuchando con atención:

*No quiero ser monja, no,  
que niña enamoradica soy.*

Observándome con una mirada de comprensión, me leyó lo que había dejado escrito su compañera. Sonreía con picardía y trató de cantar, aunque un poco desafinada:

*La cuarta morilla entró al convento  
a su madre obedecía  
con música, colores, recupera  
y sueña con alegría  
en un amor secreto que la espera.*

Me sentí pecadora, quise esconderme tras la vihuela, mientras imaginaba cuadros de *Los amantes de Teruel*, de Lope; había presenciado esta obra en un corral de comedias. Deseé, por un momento, correr la misma suerte de Isabel, sin embargo mi tragedia era algo diferente. Sabía, por recados de sirvientes, que no se resignaba el Diego de nuestra historia, pero mi

existir ya estaba encerrado entre los muros conventuales. Fui yo quien partió antes de sentir el repudio de su familia a causa de la pobreza, mi orfandad y otras cosas más.

Al día siguiente, confesé por largo rato mis temores. Fray Jesús es el director espiritual más comprensivo que he conocido, me gustaría recomendárselo a sor Juana, pero no es lo propio entre novicia y maestra. A él le causaron gracia mis ganas de morir como lo hizo Isabel, ya tenía antecedentes de la novela, pero me dio a entender que la vida va marcando el paso a seguir y pidió meditara este versículo del Eclesiastés para la siguiente confesión: “quien solamente observa los vientos, nunca siembra, y el que mira a las nubes, nunca siega”.

Has de hablar con vuestra tutora —insinuó— su obra es rica en estas lides cortesananas, os entenderá y podrá aconsejaros. En cuanto a vuestra pasión escondida, repito estos versos de su último poema: El sueño “(*llama al fin, aunque más templada sea, / que si su activa emplea / operación, consume, si no inflama*)”, me indicó la penitencia no sin antes remitirme de nuevo a las Sagradas Escrituras y a su sabiduría: “Echa tu pan sobre la faz de las aguas, que al cabo de mucho tiempo lo hallarás”.



## Clavis

Tenía secretos, los encerraba muy dentro. También anhelos escondidos y sólo pocos los descubrían. Entre mis gustos estaba pintar y entre los talentos, una gran facilidad para el dibujo. La hermana Ángela me orientaba en la sala de labores, al copiar las letras floridas de alguna edición del Antiguo Testamento, el trabajo realizado siempre merecía sus elogios. Solicitábame ayuda para hacer los trazos sobre las telas a bordar en nuestros ratos de descanso. Una vez en que contaba en voz alta los puntos, sor Juana se acercó a ver la tarea, advirtió algo desapercibido por mí, la inclinación a dibujar puertas cerradas y la preferencia por el azul y el verde en mis diseños.

Esa misma tarde, revisando los tejidos existentes en el cuarto de costura, expresó su deseo de elaborar una estola para el día del onomástico de su confesor. La fiesta de san Antonio se aproximaba. Había brocados preciosos, pero la madre abadesa no autorizó su uso a mi tutora, se decidió entonces por un brocatel, al que le realizaríamos algunas figuras con punto de cruz en hilos de seda. El borde lo haríamos con punto de escapulario en hilo de oro.

Para disipar la contrariedad, sometida por su obediencia, me contó haber escuchado en alguna ocasión que las puertas de gruesa madera, de fierro o de piedra, nunca serían tan infranqueables como las de la mente. Ésta custodia la palabra, cual esfinge guardiana regula el sonido del viento a través del tiempo y modifica la imagen que la historia permite conocer. Añadió: *Con los hilos de los bordados podríamos hacer unas puertas. Las redes tejidas por las arañas son un ejemplo de cómo lo aparentemente débil se convierte en algo poderoso. Así sucedió cuando el rey poeta David, para protegerse de la furia de un león que le perseguía, se guareció en una cueva, una pequeña araña apareció y tejió su red en la entrada, con la forma de una estrella, para protegerlo.*

Le dije algo sobre lo increíble de la leyenda y ella siguió afirmando:

—*Con la aguja podéis guiar el hilo, entrar y salir; como yo pretendo hacer con mi pluma. Seguid los trazos de las puertas y, al bordar, que la seda clausure las que merecen ser ignoradas y permita dejar abiertas las convenientes, para deleitaros bajo el azul radiante del extrañado cielo; salir a correr en la campiña y empaparos de su verde, con el cervatillo encerrado en vuestro corazón.*

*Mis letras esconden triángulos dentro de la estructura de mi silva, con ellos asciendo o descendiendo hasta el infinito. Abro las puertas para mostrar la injusticia, y a los criminales los encierro en la sombra, entre aves de rapiña. Alabo al Señor y le hago llegar mis súplicas. Invocando a Yod con la palabra entro en ciudades olvidadas y templos perdidos. Salgo de la oscuridad de este mundo.*

Asombrada, comenté haber descubierto que la llave de todas esas puertas estaba en *El Sueño*. Se retiró sin contestar. Yo regresé a mi labor y al bordar abrí con mis puntadas una puerta que el diseño había dejado cerrada.

## La primera letra

Por encargo de sor Juana copié unos capítulos del Génesis para fray Payo. Los virreyes han sido muchos, los mueven de su cargo con cierta frecuencia, me imagino, para evitar se les ocurra convertirse en reyes de la Nueva España. Al partir se han ido tristes por dejar esta tierra. Generalmente llegaron a amarla por su prodigalidad y lo benigno del clima.

Me encantaba hacer la letra gótica, eso de trazar líneas gruesas unidas con una delgada hacía sentir importante a esta novicia. Al compararme con dichas líneas, me sentía útil por escribir lo que otros leerían. Copiando el inicio del capítulo VIII con la letra A, recordé haber aprendido muchas cosas en el claustro de monjas, cuyos nombres comenzaban con esa letra: Antonia, Águeda y Ángela. Se lo participé a sor Juana, ella estaba a mi lado ordenando sus escritos.

*Es cierto, respondió, de la letra A se desprenden nombres de las personas que te han enseñado mucho. Pero hay un nombre con esa letra que nos hace pensar y eso es tan necesario como aprender. Con emoción dijo: Aristóteles. Lee este tomo, es una traducción para revisar, la ha traído Sigüenza de su biblioteca. Te hará pensar y cuando el pensamiento se abre el andar se ilumina.*

*Mi sueño ha cambiado junto a Él, ha visto en su Causa  
Primera al Creador; como escribo en mi silva:*

*—céntrico punto donde recta tira  
la línea, si ya no circunferencia,  
que contiene, infinita, toda esencia—.*

Comencé a leer al filósofo antes de acostarme y, en las mañanas generalmente, buscaba unos minutos dentro de mis ocupaciones para preguntar a sor Juana lo que no entendía. Algunas veces contestaba remitiéndome a versos de su poema y analizaba mis divagaciones, envolviéndolas en su pensamiento, el que luego vertería velado en imágenes poéticas.

La hice muy feliz al interesarme en esas lecturas; advirtiéndome que su esencia era la misma del docto santo Tomás de Aquino, el Doctor Angélico. Prometió platicarme sobre lo dicho por otros filósofos cuando acabara de leer al de la “A”. Debía conocer a su maestro llamado Platón, el que había sido discípulo y gran admirador de Sócrates, a quien acompañaba constantemente.

Las historias y anécdotas de estos pensadores me gustaban mucho. Enseñan, como sor Juana lo hacía conmigo; sin darnos cuenta, paseamos por todo el convento, la tierra entera, el universo y el inframundo. Como el día en que leyendo la Historia Sagrada le pedí me explicara qué era el seno del patriarca Abraham, me dijo no saberlo, pero la hice recordar esta leyenda escuchada entre sueños algún día:

*Desde la gran altura Inanna, la diosa del amor y la diosa madre, dirigió su pensamiento hacia el gran abismo.*

*Era una diosa que abandonó el cielo y descendió a los infiernos.  
Llevó con ella las siete leyes divinas. Ajustó en su cabeza la corona*

*de la llanura; tomó el cetro cuajado de lapislázuli. Alrededor de su cuello ató un collar de piedras finas; las piedrecitas gemelas se las sujetó al pecho. En su mano colocó el anillo de oro; el pectoral, en el busto. Con un ropaje magnífico vistió su cuerpo y se maquilló los ojos con el cosmético negro. Así arreglada Inanna descendió a los infiernos.*

*Cuando llegó al Palacio de la Muerte, en las montañas de lapislázuli, el portero preguntó:*

*—¿Quién eres tú?*

*—Soy Inanna, del palacio de donde nace el sol.*

*—¿A qué vienes al país de donde no se regresa?, ¿qué te movió a venir?*

*—Vengo a ver los ritos de la muerte.*

*La divina Inanna fue sentenciada a morir y transformada en cadáver. Los dioses reclamaron el cadáver de su reina exclamando: “¡Volverá a vivir Inanna!”, y subió de nuevo al cielo. Inanna ascendió a la gran altura desde el más profundo abismo.*

*Cuando observo el firmamento —agregó con nostalgia— siempre veo las estrellas esperando una señal de saludo.*

*Entonces pensé, el infierno es el lugar de los muertos. Sentí satisfacción de acompañar a mi tutora en su trayecto; así lo hicieron otros discípulos con sus maestros. La seguí hasta el día de su partida. Mi gran herencia son estos recuerdos.*



## La danza

Con motivo de las fiestas de san Isidro, los medieros de nuestros huertos, la servidumbre y los esclavos hacían gran fiesta. Algunas veces me invitaban y con autorización de sor Juana asistía. En cierta ocasión, también ella obtuvo permiso para acompañarme; le gustaba convivir con los sobrinos de Hipólita, una de las esclavas negras a quien visitaban en las celebraciones. Eran estos niños traviesos, juguetones y de un hablar cortando las palabras que le daba un ritmo cadencioso al lenguaje. Para ellos compuso una ensaladilla dentro de sus villancicos:

*Caya, que sa siempre  
milando la Iglesia;  
mila las Pañola,  
que se quela plieta.*

Contentos al verla, corrieron y se abrazaron a sus faldas. Ella los pellizcaba en las mejillas y le respondían con carcajadas mostrando sus rebanadas de sandía. Se juntaban otros compañeros de juegos y la encerraban en una rueda.

Las novicias y la hermana Filomena de lejos observaban. Un son, seguramente traído de las Antillas y heredado de sus antepasados africanos, se sentía contagioso y hacía vibrar nuestro cuerpo. Sor Juana no se abstuvo, sus caderas se movían y los hombros se meneaban acordes. Nos regaló estos versos que todos repetíamos y luego formaron parte del *Divino Narciso*:

*¡En pompa festiva,  
celebrad al gran Dios de las semillas!*

Retrocedí en el tiempo y el andar me llevó a la infancia, a escuchar los relatos de mi madre. El aire festivo de la celebración me hizo recordar cuando mis padres fueron invitados a la hacienda de San Mateo. Era un día de san Juan, con el canto de los gallos y el trinar matutino de los pájaros se oían el acompañamiento de tambores y las voces de una turba que se acercaba repitiendo a coro: “Si san Juan lo tiene, san Juan te lo da”. Todos los visitantes salieron al corredor principal y los esclavos negros, en procesión, se detuvieron en la era para cantar, beber y bailar hasta saciarse. Gozaban de cierta libertad en ese día. Aturdidos por el licor, la tristeza embriagada y el ritmo incitante de los tambores, permanecían así hasta el día siguiente. Con el beneplácito de los dueños, muchos aprovechaban el desconcierto para esconderse entre las milpas y aparearse como animales. Para la próxima Semana Santa, los hacendados tendrían sus retoños de siervos.

Lejana a mi reflexión, mi maestra reía feliz, sentada entre los niños componía en náhuatl, para uno de sus autos sacramentales, algo llamado *Tocotín* en honor de sus indios. Éstos nos obsequiaron tamales de haba y no pudimos rechazar el pulque. La mirada de sor Juana me alentó a aceptarlo y,



para mayor tranquilidad, añadió al lado de nosotros la madre Auxiliadora:

—Bebamos, éste es nuestro vino, también está bendito, como el que bendijo nuestro Señor en las bodas de Caná.

La cara de Hipólita brillaba, la había lustrado la transpiración. Sus ojos parecían capulines maduros invitando a los medieros a comérselos. Los niños tocaban el tambor y unos palillos de madera marcando el compás del baile de su tía. De pronto me fijé en el voluminoso miriñaque natural de la esclava, en sus movimientos y en la falda con la cual se secaba el sudor. De nuevo me trasladé al recuerdo maternal. La religiosa lo adivinó, mi mente estaba lejos y me pidió compartir el pensamiento con ella. Entonces le conté.

—Cuando mis padres acompañaban a mi tío a estas tierras, el barco se detuvo en la isla de La Española. En el Palacio Episcopal nos dieron albergue por unos días. Enfrente había una gran plaza y luego seguía el Palacio de la Real Audiencia. Se celebraba allí un baile, las damas llegaban engalanadas, con ostentación de joyas sobre su pecho desnudo y trapos abultando las faldas de sus vestidos. Desde su balcón mi madre observaba el festejo. El calor era sofocante y las mujeres hacían uso de un abanico para refrescarse y un pequeño pañuelo de encaje colgaba del anular para secar las gotas de sudor que caían sobre su frente. Al fondo los esclavos imitaban a sus amos, sus modales refinados, el movimiento estudiado del cuerpo, las inclinaciones y hasta el compás de espera para continuar la gallarda. Otros se desbarataban en raros bailes al terminar la faena en el campo. Sus cantos eran lamentos musicalizados y la danza actos y gestos para atraer protección de sus dioses, los que todos creían sepultados—.

Le gustó mucho el relato, me aconsejó leer en el Antiguo Testamento los capítulos correspondientes a su admirado rey

poeta, David. Él también danzaba para agasajar al Señor. La madre Filomena alcanzó a oír el consejo, se dirigió molesta a sor Juana —no hay que mezclar lo divino con lo profano— y se retiró. Desconcertada, mi tutora repitió en voz baja y sin levantar la vista estos versos de *El Sueño*:

*de industria femenil que el más activo  
veneno, hace dos veces ser nocivo  
en el velo aparente  
de la que finge tez resplandeciente.*

Nos distrajo el sonido de la chirimía y unas sonajas. Venía de la calle, seguramente los danzantes se dirigían a la catedral. Nos miramos con el asombro de una aseveración y ella asintió al decir: *Sí, igual que los indios de mi tierra, a quienes los frailes permiten sus danzas dentro del templo.*

## El pez

En algunas ocasiones me ofrecía a vigilar la huerta. Disfrutaba viendo los árboles frutales y ayudaba a despojarlos de los gusanos verdes que en el verano los invadían. Uno por uno se los quitaba con mi mano envuelta en un lienzo de manta delgada. Mientras la servidumbre llenaba las canastas con hortalizas para la comida del medio día, aprovechaba para contemplar, entre suspiros, la puerta semiabierta por donde saldría la carreta que llevaba a vender los frutos de nuestro huerto en la plaza mayor.

Un día, después de rezar el magníficat y el ángelus, nos sentamos a la mesa. En nuestros platos habían servido unas tortas hechas con pececillos provenientes de las lagunas cercanas. A las criadas que dejaron de ser indias por el bautizo les gustaba prepararlos con una salsa lograda después de moler, en un molcajete, tomates y chiles verdes de los cultivados en terrenos del convento. Las monjas que supervisaban la cocina mejoraron el sabor de este platillo, al cubrirlas con una capa de huevo de guajolota, antes de freírlas en manteca de cerdo bien caliente.

Recuerdo cuando un día, en un rincón del refectorio, una de las novicias leía de nuevo la epístola que el padre Francisco leyó en la misa: Hermanos: “traed a la memoria aquellos primeros días, cuando, después de haber sido bautizados, sufristeis con valor admirable un gran combate de persecuciones; por un lado, habiendo servido de espectáculo, por las injurias y tribulaciones; por otro, tomando parte de las penas de los que sufrían de semejante manera...”. Poco atenta a la lectura, observaba la cenefa con arabescos en tonos claros y quemados de tierra de siena que decoraban el salón.

En un descanso, mientras nos servían la ración de ate de membrillo, susurró:

*—La fiesta de san Tarcisio, la epístola y los peces que hemos comido me recuerdan un sueño que tuve a propósito de los primeros cristianos.*

Quedamos de vernos en la cocina después de la hora nona para preparar unos pastelillos que deseaba enviar a la virreina. Cuando llegué, ya estaba mi tutora con su libro de recetas en la mano. Me dijo:

*—Vamos a preparar unas rosquillas con harina de maíz, a la condesa le gustan para acompañar su chocolate de la merienda.*

Cerníamos la harina y ella comenzó a relatar este sueño:

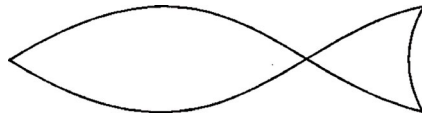
*—Me detuve a revisar los metros de estos versos en mi silva:*

*Alcione, a los que antes  
en peces transformó, simples amantes  
transformada también, vengaba ahora.*

*—Me vi en un túnel, el camino estaba señalado por la figura de un pez que se repetía a todo lo largo hasta llegar a un espacio*

*húmedo y oscuro en donde estaban reunidos algunos de los santos mártires. Iluminaban el lugar con antorchas empapadas en brea que extraían de una excavación en las cuevas cercanas.*

Esparció la harina recién cernida sobre la cubierta de azulejos de Talavera y allí con su índice hizo el dibujo de este pez:




*—Como en mi silva —continuó— aquellos seres crecían y se hacían fuertes en la oscuridad, combatiendo la furia de aves de rapiña. Poco a poco conquistarían el derecho a la luz hasta gozarla plenamente.*

*Tomé el pez entre mis manos; era toda la creación a mi alcance. Mi pluma lo transformaba en lechuza para observar la justicia y acechar las puertas de la sabiduría, lo convirtió en murciélago, con unas membranas en forma de capa para envolverlo en su exitoso transitar por la noche. Al llegar el alba le salieron plumas y cuando acabaron los maitines ya era un águila que extendía sus alas y volaba hacia el sol, con el cántico de Moisés:*

así Yahvé sólo lo conducía,  
no estaba con él Dios ajeno.

*Lleno de luz lo vi convertirse en hombre que luchaba por regresar a reunirse con el principio o el fin de un viaje a través del mensaje oculto que, encerrado en las palabras griegas en que un pez se*

transformó:  I X O V S (IXTIS), sirvió para que nuestros mártires cristianos despistaran a los romanos.

Hizo estos trazos y me invitó a mirar:

í	Jesús
x	Cristo
θ	Dios
υ	Hijo
ς	Salvador

*Releí los versos de mi poema, quise ser Alcione, pero sólo podía soñar y hacer sonar, aunque pasasen muchos siglos, a este sueño, hasta convertirlo en acción de sonar: un sonido visible al amante de mi poesía.*

Entonces, escribió:

S oy  
U na  
E sclava  
Ñ uestra  
O bediencia

## La dulce enemiga

La obediencia no fue mi mayor atributo y así se lo hice saber un día a sor Juana. Ella comentó, con cierta sorna, que ya lo había notado pero que nos educaban para observarla, y tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento lo aconsejaban. Debíamos obedecer a nuestros padres, a los mayores, a las autoridades y al esposo; por eso ella decidió hacer votos en San Jerónimo, no deseaba someterse al oficio del matrimonio.

Le pregunté tímidamente: ¿y a Dios?

—A Dios le amo, no le quiero temer —contestó—. Por ser mi Dios, Omnipotente y Magnífico, no le ofendería desviándome de sus preceptos.

Pensé en mis padres a quienes en todo momento obedecí. Mi tutora se retiró a leer en una banca cercana y yo me quedé añorando a la familia y hurgando entre los pocos recuerdos que dejó mi padre, recuperé la imagen de un andaluz sacándole a las cuerdas de la guitarra canciones populares disipadoras de tristeza. No quise dejar olvidada a esta hechicera de alegría, y sor Juana, con gran aprecio hacia la música, le permitió su entrada en el convento. Le gustaba oírme interpretar esta canción:

Era dulce mi enemiga  
mas de un mal del alma hiere  
y por más tormento quiere  
que se sienta y no se diga.

La tarareaba junto conmigo, le complacía que un cantar popular encerrara tal sapiencia y semejante cuestionamiento tan parecido al propio.

¿Por qué hiere mi enemiga  
de un dolor que nunca muere?  
y por más tormento quiere  
que se sienta y no se diga.

Al llegar a esta estrofa seguía el ritmo en silencio con movimientos de la cabeza para negar sus reflexiones y llevaba su mano a la frente tratando de borrar la preocupación. Entonces cantábamos en voz alta el corillo que le enseñé:

Mal que no puede sufrirse  
imposible es que se encubra  
cortados era de Tirse  
o que muerte lo descubra.

Las notas alejaban la melancolía y daban fuerza a mis sueños para traspasar las puertas del claustro o derribar sus gruesos muros. Mas nunca imaginé las emociones que despertarían en la tutora. Me aplaudió la primera vez con unas lágrimas que se cruzaron con mi mirada de complicidad. Ella comprendió que mi canto había descubierto a su dulce enemiga. Se retiró a sus habitaciones repitiendo la segunda estrofa:



¿Por qué hiere mi enemiga  
con un mal que nunca muere?  
y por más tormento quiere  
que se sienta y no se diga.

Luego supe que esa vez, al abrir la puerta, se le ocurrieron estos versos para su poema:

*a cuyo, aunque no duro,  
si bien imperioso  
precepto, todos fueron obedientes—.*  
*El viento sosegado, el can dormido,  
éste yace, aquel quedo  
los átomos no mueve,  
con el susurro hacer temiendo leve,  
aunque poco, sacrílego ruido,  
violador del silencio sosegado.*

Revisó el comienzo de la silva, toda llena de imágenes tan oscuras como las noches en que escribía.

Al día siguiente, caminando hacia la capilla, se me acercó y me confió lo siguiente:

*—La letra de nuestra canción del siglo pasado me hizo reflexionar sobre mis tormentos. Hay cosas que ni a mi confesor me atrevería a decir, como el trabajo que me cuesta aceptar el haber nacido en la tierra, que también soy polvo y en polvo he de convertirme, por eso con mis versos sueño con llegar a las estrellas, asirme a su luz y verme algún día coronada por la palabra, a quien trato de hacer hablar a través de la censura, de los temores, las fantasmas y del tiempo.*

*Las sílabas de cada verso en El Sueño son como pasos de una vida señalando afectaciones. Mi Dios, nuestro Dios, no*

*puede encontrar lugar en ese mundo de vocabulario profano, tengo que invocar a uno anterior, más allá del culteranismo, más allá del Nuevo Testamento, más allá del Antiguo Testamento y he conseguido la forma de invocar a Yod y esconderlo entre mis heptasílabos y endecasílabos. Dentro de mi silva di treinta y ocho primeros pasos con mis versos y discretamente lo nombré, luego otros ochenta y tres y lo volví a nombrar. Pero en estos ochenta y tres versos encerré a Plutón, el rey de los infiernos, y a Vulcano, el dios del fuego.*

Frotamos nuestras manos y las escondimos entre las mangas del hábito, al detenernos a contemplar en el jardín los pensamientos tiesos por el frío madrugador. Por supuesto, sin dejar de escuchar una suave protesta por el descuido de sor Águeda, con algunas plantas.

*Me dormí sobre las cuartillas escritas y al despertar encontré un diseño que hace uso de mis versos. Con el movimiento de ellos y el sonido, logra una cruz, la misma que acepté llevar junto con mi nombre. Conté treinta y ocho versos desde el segundo Yod hacía el primero y leí de derecha a izquierda —como lo harían los hebreos— y de abajo hacia arriba tres versos:*

*...mueve,  
con el susurro hacer temiendo leve,  
aunque poco, sacrílego ruido,  
violador del silencio sosegado.*

Cortó uno de los geranios que crecen alrededor de la fuente y con el tallo dibujó en la tierra apisonada por el rocío el ángulo que se formó:

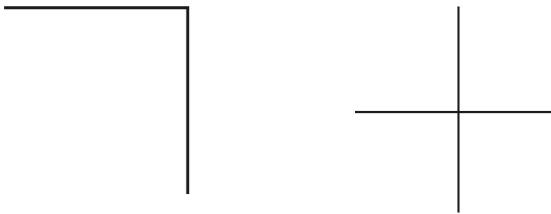


Continuó hablando y haciendo los trazos necesarios para explicarse mejor:

*Se complementaba contando treinta y ocho versos desde el primer Yod hacia el segundo y leí de izquierda a derecha —como lo harían los latinos— y de arriba hacia abajo:*

*a cuyo, aunque no duro,  
si bien imperioso  
precepto, todos fueron obedientes—.*

*Se formó este ángulo:*



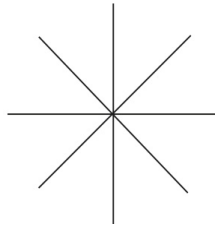
Observé la figura que nació al juntar los ángulos; hizo su aparición la Santa Cruz. Mi protectora. ¿Mi tormento? Los ángulos se amarraron con los versos encerrados entre los que se leen hacia la izquierda y los que se leen hacia la derecha:

*El viento sosegado, el can dormido,*



*éste yace, aquel quedo*

*Sobre la cruz de ángulos rectos, delatando una experiencia temida vi la de san Andrés, el patrono de las mujeres solteras, quien murió martirizado sobre una cruz en forma de aspa. La que el quedo viento sosegado mueve donde yace el can dormido, como aquel Cerbero, el perro de tres cabezas y cola de serpiente, guardián de los infiernos, a quien Orfeo durmió con los acordes de su lira y yo duermo ahora con los versos de mi silva.*



Al acercarnos a la capilla nos separamos, enterró el tallo de geranio en una de las macetas del patio y se sacudió las manos en la manta que cubría una de las jaulas con gorriones; sin embargo, alcanzó a preguntarme:

*—¿Quedarán estos versos dentro de mi Sueño, como la estampa de un eje, que hará girar la temblorosa palabra algún día?*

## 1680

¡Cuántas imágenes quedan encerradas entre una palabra y otra! Al contar nuestros sueños, ¿cuánto abarcamos en nuestro relato? Unos entienden más de lo dicho y otros menos de lo que está escrito. Esta reflexión me recordó cuando un día estuvo la virreina de visita en nuestro claustro. Desde el anuncio de la misma, las hermanas comenzaron a hacer un ramillete espiritual con sacrificios y oraciones para ofrecérselo de regalo. Días antes en la cocina del convento, el entusiasmo por preparar exquisitas golosinas estaba en su punto, como el almíbar donde se cuecen las frutas.

Debo decir que no pude observar solamente y solicité la anuencia de mi tutora para preparar unas toronjas brillantadas. La receta la trajo mi madre de Venezuela, la pequeña Venecia de Américo Vespucio. Se hace con toronja tipo martinica, de la verde carga que dobla el toronjal de nuestra huerta. Azúcar en grano conservada en saquitos de tela y agua fresca del aljibe. El gran secreto es una buena ración de sol de mediodía para brillantar las tajadas al colocarlas sobre lajas de mármol.

La condesa donó al convento una edición con la interpretación de algunos pasajes del Antiguo Testamento

y el pensar de un filósofo llamado Maimónides, nacido en Córdoba. Me asomé y aunque el olor a humedad provocó cierto escozor en mi nariz, alcancé a leer el título *Guía de los perplejos*; los libros habían sido heredados por su esposo, el conde de Paredes. Aparentemente se colaron entre las pertenencias embarcadas desde España al venir y Su Excelencia no quiso quemarlos ni someter a juicio de otras personas el dilema de su conservación.

Sor Juana, con un brillo en sus ojos igual al de mis toronjas, agradeció en nombre de la orden a la virreina por el regalo y la obsequió con la famosa repostería conventual preparada en su honor. Elogiaron mis dulces y me permitieron acompañarlas durante su plática. La poetisa, a propósito de las conservas que degustaban y del filósofo de origen judaico, comentó:

*—Es extraño, pero creo que la Madre Patria oculta su verdadera y múltiple historia. Cierta que en años anteriores convivieron en la península judíos, cristianos y moros en relativa paz —y esto es ejemplar—, pero aunque junto con el descubrimiento de las Indias se haya dado la expulsión de los marranos, el judaísmo está presente en este Siglo de Oro, en la literatura que por privilegios nos llega y, sobre todo, en la preparación y cultura de personas tan sabias como vuesaencia. Me he atrevido a pensar, respetuosamente y en secreto, que Paredes bien podría venir del hebreo pardess, que quiere decir, como leí en un glosario que anda por los estantes del convento, plantación de cítricos, como el que sirvió para preparar esta delicia que saboreamos con agrado; la cual me hace recordar la tan admirada obra en verso de Cervantes El cerco de Numancia, en donde el niño Bariato se enfrenta a Escipión y se arroja desde una torre para no ser cautivado, pero si mal no recuerdo, o si no es que me confundo y lo estoy inventando, llevaba una semilla en su mano cerrada en un puño que, al abrirse sobre la tierra al caer, sembró.*

Ambas sonrieron ante la ocurrencia; la virreina pidió se le sirviera agua de jamaica y comentó que la vida sorprende con algunos de sus orígenes. Sor Juana continuó:

*Si creyéramos en la magia en lugar de la casualidad, veríamos con pálpitos del corazón en vez de gracia que vuestro apellido comienza con la letra P, la número 17 del alfabeto hebreo cuya suma es  $1+7 = 8$ ; le corresponde un valor numérico de 80 igual al año en que los señores virreyes llegaron a la Nueva España y fueron acompañados por la aparición de un cometa en el cielo de estas tierras. ¿Recuerda los versos de este soneto que compuse para el reverendo padre Kino?*

*todo el conocimiento torpe humano  
se estuvo obscuro sin que las mortales  
plumas pudiesen ser, con vuelo ufano,  
Ícaros de discursos racionales,  
hasta que el tuyo, Eusebio soberano,  
les dio luz a las Luces celestiales.*

*Ha de saber también, amada Lysi, que la silva en la cual trabajo con tanto gusto la he comenzado en nuestro honor con la letra P, de Paredes, de Penumbra, de la Piramidal funesta, de la tierra nacida sombra..., como la que recibimos de aquella semilla sembrada por el último sobreviviente de Numancia.*

La condesa de Paredes se puso de pie, señaló una de las casillas en el escudo del virrey con algo parecido a las raíces de un arbusto. Recitó estos versos aprendidos de su suegro y atribuidos a Firdausi, el poeta persa autor del libro de los Reyes: “De aquí en adelante no moriré, permaneceré vivo, porque fui el que volvió a esparcir las semillas del discurso”.

Asintió con un movimiento de su cabeza e hizo un gesto agradecido con el dedo cruzando sus labios para callar a mi maestra. Ésta desvió hacia mí su mirada y la acompañó de una discreta sonrisa.



## El clamor

La palabra, el verbo, el discurso. Una se esconde entre los pliegues de los labios, el otro se hizo carne y el último nos da la vida. Reflexionaba sobre esto, a propósito de la reciente visita de la virreina, cuando me llamaron de la portería. Habían recibido un envío para mi tutora.

Polvo de amatista venía con aquel sobre lacrado que llevé a sor Juana. Ella no recordaba ninguna religiosa con el nombre de la remitente. Lo guardó dentro de las anchas mangas de su hábito, para leerlo en el descanso.

Sentada en uno de los poyos del patio de novicias abrió la carta recién entregada. A su lado, observaba para distraer mi curiosidad las columnas que sostenían el corredor y los barandales que servían de protección, con sus portamacetas y éstas sembradas de claveles. Era el orgullo de sor Águeda “cultivar claveles sevillanos” en la Nueva España, con ellos adornábamos el altar de La Dolorosa.

Por el ceño de sor Juana supe que el contenido no era de su agrado. Pensé en retirarme e ir al ensayo del coro de novicias, cuando en voz alta preguntó:

—¿Por qué las mujeres no podemos ser ilustradas?

Las novicias que se encontraban cerca detuvieron la lectura de su breviario y miraron con asombro.

—¿Por qué no puedo elevar mi voz —continuó—, si ha sido un regalo del Señor?

*¿Cómo se puede ocultar el sonido?*

*Haré llegar a todos mi clamor, aunque sea entre el silencio aparente de mi único recurso, la poesía. A algunos lectores les llegará la voz a otros mi palabra, como da a entender Maimónides al analizar el Éxodo: “todo el pueblo percibió las voces pero uno sólo, Moisés, la palabra”.*

En la tarde la madre priora disculpó su inasistencia a la merienda porque estaba indispuesta. Antes de retirarme a mi celda pasé a sus habitaciones; deseaba saber si se había recuperado.

Continuaba mal, en su mano la pluma no cesaba de hacer trazos, quería desahogar su disgusto contestando la carta recibida con un recuento de su vida, defendía su inclinación por la escritura recordando la labor conocida de algunas mujeres doctas como santa Paula y sus hijas al lado del padre de nuestra orden: san Jerónimo. La madre Teresa de Ávila y hasta la reina doña Isabel. Me nombró varias griegas, unas egipcias y otras romanas, todas celebradas y algunas veneradas. Su rostro mostraba desconcierto. Me pidió la dejara sola. Nunca creí que alguien pudiera maltratarla criticando su afán de hacer versos. Me fui a dormir.

Antes de maitines apareció en mi puerta, me pidió ayuda, algo extraño sucedió mientras soñaba. Aunque su persona mostraba la tranquilidad de aquel que se ha liberado de una espina de pescado atorada en la garganta, sus ojos se veían llenos de rebeldía y algo acuosos, aun así me contó:

—Revisaba mis escritos y las palabras comenzaron a tomar forma de plañideras. Sus lágrimas diluían la tinta azul

*y se confundían creando un gran lago. Un ángel se presentó, extendió sus brazos para transportarme a lo alto de unas montañas. En medio de éstas reconocí la extensión de agua formada con el llanto de aquellas mujeres. Allí me depositó y al despedirse me colocó sus alas. Comencé a nadar y sentí mi transformación en cisne. Del lago nacía un río, continué nadando, el cauce era estrecho y se apreciaba en sus orillas un vergel, era limo bendecido por la naturaleza. Tierra adentro se divisaban llamas de piedra, elevadas hacia el cielo, con su punta altiva pretendiendo escalar las estrellas. Al ocaso, una pincelada naranja modelaba el reflejo de palmeras en las aguas tranquilas que se volvían grisáceas.*

*En el trayecto me acompañó, durante toda la noche, una lechuza, luego se fue convirtiendo en un ibis y cuando llegamos al delta tomó la forma de otro cisne. Unos montes artificiales vigilaban la bifurcación. Siguió a mi lado hasta llegar al mar, no me di cuenta cuándo desapareció. De lejos vi a un hombre con un báculo sobre una roca, a medida que me acercaba sentía la recuperación de mi forma humana, al lado de un Moisés desesperado ante los judíos que creían en él y lo seguían hacia la tierra prometida. Enfrente de ellos, aunado al cansancio y la decepción, estaba el imponente mar Rojo que interrumpía su paso. Escuché los sonidos graves y agudos, largos y cortos, bajos y vibrantes, con que invocó a Yahvé en su auxilio; eran las palabras que Josefo, en sus antigüedades judías, menciona al narrar estos hechos.*

*Era un canto continuo, y al terminar alzó sus brazos hacia el cielo como complemento de su clamor. Se retiraban las aguas para que pasaran los que huían. El ángel que me llevó a las montañas apareció con sus alas extendidas, fue sombra para los que les perseguían y luz para los escogidos. Las aguas se iban cerrando al pasar los libertos y dejar Moisés de*

*orar. Quedaron atrás los enviados del faraón envueltos en la oscuridad de un día que se tornó noche antes de que se metiera el sol.*

*Al despertar sentí mi sayuela húmeda, despidiendo un olor salobre, y en el dobladillo hay restos de algas y arena de alguna playa.*

Lo trajo a mi celda y ambas quedamos sorprendidas. La acompañé a su cuarto; intrigada me pidió leer en el Antiguo Testamento el Éxodo 14:18.21. En la Vulgata, la sonoridad de la palabra quedó apagada y la voz permaneció oculta. No calculamos el paso del tiempo hasta que oímos las campanadas llamando a laudes.

Sor Juana abrazó las cuartillas donde escribía su sueño. Salió rumbo a la capilla, decidida a que el sonido de su silva no se perdiera ni se ahogara en la tinta violácea, con que fue escrita la carta recibida desde Puebla.

## El papiro de sor Juana

La noche anterior no pude dormir. Me sentía solidaria con el descontento de sor Juana. Aunque no hubiese leído la carta recibida, lo expresado por ella en voz alta, me dio a entender que criticaba la actividad en la mujer.

En la madrugada me acerqué con cautela a su habitación, temía siguiera enojada. La puerta estaba entreabierta, sor Juana hincada en el piso me invitó a pasar. Sus vestiduras estaban polvorientas y la ayudé a sacudirse. Mientras tanto ella me contaba:

*—Es polvo de tierras lejanas, deseaba escapar de un mundo que hace a un lado a la mujer. Caminé por un valle árido, no veía casas ni edificios, aunque había señales de puertas que conducían a construcciones subterráneas.*

*El viento silbaba y mis oídos deseosos de atrapar el sonido lo convertían en poesía. Ante mí, entre la polvareda que los versos levantaban, divisé una hilera de columnas; salían de la roca. Subí por una pequeña rampa a unas gradas y llegué a una sala abierta para permitir el paso del aire refrescante, desde allí se contemplaba el mismo paisaje; montículos de tierra le daban*

*movimiento y rompían el azul monótono que pretendía encubrir al castaño claro de un sueño dorado por el sol ardiente.*

*El piso de piedra gris, sin recubrimiento, contrastaba con la profusión de relieves y pinturas que mostraba el techo. Alcancé a ver representadas unas mazorcas de maíz, como el nuestro, el que mis indios siempre han cultivado y los colonizadores llevaron a la península.*

*Un rayo de luz me atraía y otro me empujaba hacia una estancia, una voz de mujer salió de un cadáver tendido sobre un sarcófago de oro y dijo:*

*—“Los celos enaltecen a quien los motiva y degradan a quien los siente”.*

*—De pronto aquel cuerpo de hombre, con voz de mujer, se levantó. Me asusté, quise retroceder pero la luz en mi espalda me detuvo. Sus manos jugaban con su pequeña barba y después de confesar que era Hatshepsut, la hija del faraón Tutmosis I, se la arrancó. Comprendía mi disgusto. Ella era la heredera de su padre y los sacerdotes no permitieron que reinara como faraona, por el hecho de ser mujer. Sin embargo, se impuso y decidió ocultar su femineidad usando una barba postiza para inspirar respeto a su pueblo. Su madre le había inculcado las ansias de gobierno desde pequeña, al contarle un sueño que tuvo antes de su nacimiento: se le apareció un enviado de los dioses anunciándole que nacería de ella una hija para gobernar a Egipto. Me hizo seguirla por aquellos espacios ganados a la roca y me confió:*

*—Mi reino fue de paz y amor a las artes. No lo conocen muchos porque obligaron a los escribas a ignorarme y, por celos de los consejeros de los faraones siguientes, no quedó constancia del gobierno de una mujer.*

*Las pinturas en los muros de mi tumba están borradas para no recordar mi paso y las tablillas rotas para olvidarme. El tiempo, más poderoso que la humanidad, de los restos de historia*

*escondidos extrae leyendas ocultas, como ésta que os regalo para consolar a la mujer que de niña jugó algún día a ser hombre cambiando sus vestidos por pantalones y tiene mucho que decir con su escritura, a través de El Sueño.*

*—que hasta a los Astros puede superiores,  
aun la menor criatura, aun la más baja,  
ocasionar envidia, hacer ventaja—;*

Esos versos aparecieron más tarde en su silva.

*—Al salir esperaba por mí un hombre de mediana estatura, piel aceitunada y rasgos familiares; sostenía unos rollos entre sus manos. Me pidió acompañarlo.*

*Cerca de un río, mujeres y niños elaboraban estos rollos con cañas de papiro, las cortaban en tiras muy delgadas y con ellas hacían un tejido parecido al petatillo, luego lo mojaban y prensaban. Al secarse quedaba una superficie amarillenta y lisa, sobre ésta se podían trazar los dibujos con que representaban la palabra. Las figuras de aves, reptiles y algunas geométricas eran usadas para ello, como en la escritura de mis antepasados en nuestro México.*

*Sobre la mesa hay unos rollos de papiro. Indicaba que mirara hacia ese lugar, pero yo nada vi.*

*—En ellos escribiré como me enseñó el escriba: “La manifestación de la luz”. Cuando llegue el momento del sueño, la penumbra, estaré preparada para salvar los peligros, y... —caminó y me dio la espalda, pero alcancé a oír su pensamiento— entrar protegida al inframundo.*





## El invidente

En una ocasión recibimos la visita de familiares de las autoridades procedentes de la península. Entre éstos venían los tíos de una de las religiosas del convento de Regina Coeli, quien les habló de la poetisa mexicana, por tal razón su insistencia en conocerla. Caminaron por el sendero enmarcado por dalias que conducía a las bancas del corredor. No pudieron dejar de elogiar la flora de nuestro país, les llamaba mucho la atención una flor roja de pétalos lanceolados. —*Crece como arbusto* —les explicó sor Juana—, *requiere poco cuidado y por lo general florea en el invierno. En tiempo de pastorelas la usamos en la decoración del escenario.* Es agradable escuchar a los recién llegados, me gusta el siseo al hablar y su cuidado al pronunciar todas las letras, hasta las “eses” finales que siempre me guardo.

Los gatos comenzaron a maullar alborotados. Avergonzada los empujé hacia la cocina, donde la hermana Cecilia me devolvería el recetario de mi tutora. Con éste prepararon el manchamanteles para agasajar a los viajeros; su elaboración es muy fácil: chiles desvenados y remojados de un día para otro, molidos con ajonjolí tostado y frito todo en manteca,

el agua necesaria, la gallina, rebanadas de plátano, camote, manzana y sal. No me di cuenta, me siguió una de las damas quien no reprimía su curiosidad; quedó impresionada por la servidumbre tan atenta, diligente y bien entrenada. Se detuvo ante los azulejos que recubrían las piletas; no podía creer que fuesen obra de nuestros artesanos de talavera de Puebla, su belleza era comparable a los de talavera de la reina en España.

Mi maestra inspiraba siempre confianza a sus interlocutores. Alcancé a oír parte de una conversación. Se ufanaba esta persona de ser descendiente de los primeros europeos llegados a estas tierras. —Un familiar lejano vino a América en uno de los viajes de Colón y se quedó en la isla de Cuba. Mi antepasado, el rabino Peres, envió a sus hijos por distintos rumbos cuando la inevitable huida de España. Benjamín, el mayor, se refugió en los Países Bajos; Bernardo, en Transilvania y Leonardo, el más pequeño, con gran entusiasmo por la aventura se embarcó hacia las Indias. El padre había invertido mucho dinero en esta expedición, le hizo préstamos a nuestra reina Isabel y compró algunas de sus joyas. Por otra parte, sentía la obligación moral de salvar sus creencias, aunque dos de sus hijos se quedarían en Toledo ya conversos.

Su señoría se identificó experto en traducir obras del hebreo al latín y castellano. Hablaba con propiedad sobre la poesía encerrada entre los versículos del Antiguo Testamento, la diferencia muchas veces escondida entre el lenguaje escrito y el sonoro, la significación secreta de sus palabras. Sor Juana lo interrumpió —*Nuestro padre san Jerónimo hace mención de esto sobre todo al referirse al Génesis*—. Cada palabra de la ley —afirmaba él— posee un profundo significado y contiene un misterio.

Comentaban sobre la escritura hebrea, donde cada letra corresponde a un número y cada una de ellas es guardiana

de secretos. Así puede el autor crear con mayor profundidad. Le ayuda a dar forma interna y exterior a la expresión del pensamiento, permitiendo encerrar varios significados. Mi maestra se mostró sorprendida por esto, pero ella en su silva jugaba con líneas, números y letras.

La sabiduría del traductor era admirable, la religiosa lo escuchaba con todo respeto, se impresionó cuando al confiarle el nombre del poema en el cual trabajaba él declaró: “De los sueños nace, tal vez, la primera concepción de la posibilidad de una relación directa con los espíritus de los muertos”. Esa noche, a semejanza de *El Sueño, El alma, pues, suspensa / del exterior gobierno* de mi tutora, navegó a la deriva en sus horas de descanso, entre figuras, números y letras, a través de un laberinto —así me lo dijo al vernos al día siguiente—. *Lo más notorio fue toparme en el trayecto de tinieblas con un / ciego también, dulcísimo poeta, / mas no griego, que enfrente de una mesa, sobre unas cuartillas en blanco escribía lo siguiente: “Recordó que los sueños de los hombres pertenecen a Dios, y que Maimónides ha escrito que son divinas las palabras de un sueño...”; también hacía trazos, contaba la distancia en sílabas, era guiado por el alfabeto y tomaba versículos del Libro como si fuesen estrellas para hacer poesía o escribir prosa, de la que deja al lector en suspenso.*



## La estrella

El frío era intenso, el rocío caía sobre nuestros velos. Mientras la procesión avanzaba por los patios del convento, rezábamos el Rosario de la Aurora y nos deteníamos al finalizar cada decena para meditar en el misterio correspondiente. De repente, la meditación era interrumpida por la tos de alguna de las monjas maltratadas por el clima.

Sor Juana notó que en lugar de llevar mi cabeza baja, como lo hacían al rezar las demás novicias, yo observaba las estrellas. Antes de entrar al refectorio me llamó la atención, señaló mi rostro húmedo con las mejillas sonrojadas, no tanto por la vergüenza sino por la exposición a la intemperie. Me confió que a ella también el firmamento la intrigaba y en especial las estrellas. En algunas ocasiones, con la ayuda de un banco, se subía a la mesa para alcanzar la alta ventana de su habitación y, con un telescopio que le permitieron aceptar, observaba los astros. Leía sobre astronomía, en unos libros de un tal Ptolomeo que les daba nombres y explicaba cómo se formaban las constelaciones. Prometió enseñarme con más detenimiento acerca de esta ciencia, algún día.

Me contó sobre su inclinación hacia este estudio y la observación de las estrellas, la obsesionaba tanto que un día al despertar vio estampada en su mano el dibujo de una de seis puntas, como la del sello de Salomón. La noche anterior, en sueños, había visto a un joven sentado frente a una ventana, se fijó en el escapulario, ¿o amuleto?, bordado con signos formando una estrella, que colgaba sobre su pecho.

—*Tañía un arpa pequeña* —siguió contando—, *su música era excelsa, me hizo seguirlo en un largo paseo por una ciudad amurallada. Se detuvo enfrente de la torre de una fortaleza y allí lo vi danzando mientras alzaba sus brazos al cielo, la gente lo rodeaba y se complacía al verlo contento, las mujeres y los niños aplaudían y lo saludaban con palmas. Lo acompañé a través de caminos estrechos, algunos conducían a las puertas de acceso. Cuando llegamos a la cima de un monte, desde ahí contemplé los huertos de olivos en sus faldas, a las mujeres llenando sus cántaros con agua del pozo y a los pastores cuidando sus rebaños en el campo. Comenzó a cantar a Yahvé alabanzas y ruegos, ofrecimientos y súplicas de perdón. El cántico atrajo a los paseantes y con ellos nos dirigimos hacia un lugar sagrado, por las medidas recordadas del Éxodo, era el Tabernáculo. Lo vi cubierto de una carpa o tienda de tela de pelo de cabra, la formaban once cortinas unidas por broches de bronce para hacer una sola pieza. Como en mi poesía, cada endecasílabo está formado por once sílabas; al juntarlas hacen un verso que oculta y protege mi ofrenda al Señor. Al llegar, fue cuando se percató de mi presencia, su mirada me indicó que no podía continuar; comprendí el veto, pero pregunté: ¿quién sois señor?, quisiera cantar de vuestro modo aunque sólo fuese en un sueño. Se acercó a mí, cada vez creciendo más en tamaño ante mis ojos. Tomó mi mano, con la pluma que ésta sostenía, siguió las líneas de su palma y resaltó el trazo de una estrella que estaba escondida.*

Las fantasmas huyeron

*Al amanecer, antes de fijarme en el reverso de mi mano,  
escribí este verso de mi silva:*

*de matutinas luces coronada,*

Yo esperé con ansiedad el momento en que sor Juana me permitiera observar, a través de su lente, al firmamento.





## La representación

Para celebrar el día de san Hipólito, durante las fiestas de la ciudad la madre priora, por petición expresa de nuestra virreina y con la venia del señor obispo, permitió la representación de un auto sacramental en los patios del convento.

Desde los primeros días del mes comenzamos a trabajar en el cuidado de las plantas, limpieza de la fuente, elaboración de bocadillos para su degustación entre actos y el decorado de los carros, que sor Juana personalmente dirigía para la escenificación del *Divino Narciso*. Ella transmitía a todos su entusiasmo por este montaje. Estudiantes de los colegios y algunas de las compañeras postulantes fueron actores.

A la representación asistió el virrey y su esposa doña María Luisa. Solamente ellos, la abadesa y el obispo ocupaban asientos, los invitados observaban el espectáculo desde uno de los pasillos laterales y las monjas desde el corredor de los altos. Las novicias no fueron invitadas. Pero yo estaba allí para ayudar en el cambio de carros, la colocación de los escenarios diseñados por la hermana Verónica y asistir a mi tutora en lo que se ofreciera. Ya había presenciado algo similar. En una

oportunidad acompañé a mi madre y unas amistades a la Casa de la Comedia, donde representaron una obra de Calderón y, en las fiestas de Corpus Christi, el cabildo de la catedral exhortaba a los feligreses a recrearse con este tipo de autos.

Detrás de los coros, al lado de sor Juana, seguía atentamente sus indicaciones. Ella repetía en voz baja lo que los representantes decían. De repente sus ojos se fijaron en la virreina con este parlamento de Eco, uno de los personajes: *que en figura de una Ninfa / con metafórica idea, / sigue a una beldad que adora, / no obstante que la desprecia; / y para que a las divinas / sirvan las humanas letras, / valiéndose de las dos, / su conformidad coteja / tomando a unas el sentido / y a otras la corteza.*

Hice el seguimiento de sus miradas. Algo extraño se percibía, quizás condensado en éstos, sus propios versos:

*porque quien oyere, logre  
en la metáfora el ver  
que, en estas amantes voces,  
una cosa es la que entiende  
y otra cosa la que oye.*

¿Qué oía?, ¿qué entendía?, ¿qué veía? Ha pasado el tiempo y aún me lo pregunto. Sólo puedo confesar que mi corazón se encogió y experimenté celos, como esos sentidos cuando el señor de mis secretos me ha ignorado.

Observé lágrimas en los ojos de la autora y en los de su amiga, cuando cantaron los coros:

*Representad mi dolor;  
que vuestras voces acordes  
puede ser que lo enternezcan  
y piadoso me perdone.*

Al terminar, el cielo estrellado nos regalaba una luna esplendorosa para iluminar las felicitaciones y los adioses. Una voz se corría con reserva: los condes de Paredes partirían muy pronto a España.

Pensativa ante la noticia y las imágenes presenciadas, sentada en la fuente del pez que escupe agua, hice un examen de conciencia. Me vi como la noche, y me sentí oculta entre estos versos de *El Sueño*:

—como tirana al fin, cobarde,  
de recelos medrosos  
embarazada,

Pasaron unos meses y llegó la comunicación oficial del cambio de virrey, el nuevo ya estaba en camino.

Desde palacio enviaron un arca forrada en cuero repujado y con el monograma de los virreyes. La condesa deseaba llevarse la obra de la poetisa para publicarla en la península. Nos tomó unas semanas ordenar sus escritos. Algunos los atamos con un listón de seda, con otros logramos hacer unidades que cosimos con hilo de algodón. En aquel cofre guardaba mi maestra a Eco junto a sus autos y loas; a doña Leonor con sus comedias y sainetes; a Juana de Asbaje y sus sonetos, lirás, endechas y redondillas; a sor Juana, sus villancicos y letras sacras. A la mujer que había vertido su alma en aquellos versos; éstos se convirtieron en parte de una vida que ahora empacaba hacia su *Inundación Castálida*.

*El Sueño* de sor Juana no estaba aún terminado.



## Triángulos mágicos

La Tierra temblaba. Salí apresurada de mi aposento, pasé por la habitación de sor Juana y no pude resistirme a preguntarle si tenía miedo. En el trayecto hacia uno de los patios, me confesó sentirse impresionada, ésta era la segunda vez en que al trazar ciertas figuras geométricas sentía moverse el suelo que pisaba.

Mis nervios se maltrataron más cuando recordó este versículo del Salmo 17:

Estremeciase la tierra y tembló;  
se conmovieron los cimientos de los montes  
y vacilaron, porque Él ardía de furor.

El cielo estaba rojizo, no se veían las estrellas y algunas monjas perdieron la calma. Lloraban angustiadas. En el patio del gran claustro, la madre priora dirigió el rezo de rogativas y ordenó que permaneciéramos juntas. Congregó a todas las novicias y las instaló en esta parte del convento hasta el amanecer.

Con la luz del nuevo día, regresamos más tranquilas a nuestras habitaciones. Me preguntó sor Juana si oía la voz de un anciano.

Me le quedé mirando fijamente. Se olvidó de mi presencia, continuaba escuchando a alguien. Entré con ella y oí esta conversación.

—Tu poesía la vuelves líneas y con ella formas triángulos poderosos para encerrar tu pensamiento.

—*Agradezco vuestra opinión, mas sólo soy traviesa y juego con las letras y los números buscando la armonía.*

—Has escuchado como yo la belleza de la música, producida por los cuerpos celestiales cuando giran y la hiciste canto.

*Llegó, en efecto, el Sol cerrando el giro  
que esculpió de oro sobre azul zafiro:  
de mil multiplicados  
mil veces puntos, flujos mil dorados  
—líneas, digo, de luz clara— salían  
de su circunferencia luminosa,*

—*Esa voz me honra al conocer mi silva. Mas si habláis de líneas y triángulos y retenéis mis versos donde mil es multiplicado, has de ser el Señor de los números. El padre de una ciencia que admiro, mas no domino.*

—Soy capaz de hacerme presente en distintos lugares a la vez y recuerdo mis vidas anteriores; con seguridad afirmó. No soy Dios y, aunque temas oírme, debo recordarte que en mucho de lo que haces estoy presente. Con la ayuda del teorema que se me adjudica, transformas la estructura de *El Sueño* en un altar. La gran verdad, ley eterna dictada por Dios y que la ciencia me reveló como legado del ilustre Apastamba, ha sido tuya.

¡Ave María Purísima!, exclamé y salí corriendo hacia mi celda. Al mediodía, la curiosidad por saber qué sucedió era inmensa. Me acerqué al cuarto de sor Juana y obtuve permiso para entrar. —Debo contaros este sueño antes de salir, dijo:

*—En la mañana, cuando os retirasteis de prisa, al cerrar la puerta, la voz que oíamos se disipó. Quise escribir lo escuchado, mas el cansancio y la excitación de anoche me hicieron caer en un sopor, quedé dormida con mi cabeza sobre la mesa de trabajo, hasta hace unas horas. Recuerdo haber visto lo siguiente en mi sueño:*

*Encontrábame en un bosque de cedros. De allí partía una ruta desolada que seguí. Alguien a mi lado, a quien no podía ver, me empujó hasta llegar a una ciudad ya conocida. Entramos por una de sus puertas. Recordé cuando acompañada de un joven poeta llegué hasta el lugar del Tabernáculo. Todo había cambiado, un rey poderoso y tiempos de guerras destruyeron parte de la ciudad y el templo construido por el rey sabio quedó en ruinas. Reviví mi obsesión por los triángulos cuando sentada sobre un peñasco observaba los restos. Traté de comunicarle a mi acompañante lo leído en el Suba-Sultra, de un sabio hindú sobre los procedimientos para construir altares y orientar los templos, con la ayuda de triángulos. Nunca supe si me escuchó, su sombra me envolvía, era enorme, presentí que pertenecía a un sumo sacerdote. Aunque estaba a mi lado, su voz venía de muy lejos, diciendo:*

*—Una vez alcé mis ojos y miré cuatro carros que salían entre los montes, eran montes de bronce, artificiales.*

*Un ángel me decía: éstos son los cuatro vientos del cielo que vienen de la presencia del Señor de toda la tierra.*

*Volví la cabeza a ver quién hablaba. La tierra comenzó a rugir. Un viento fuerte me hizo cubrir el rostro. Cerré mis ojos; cuando los abrí me encontré en un paraje de coníferas, caminé*

*por un sendero abierto entre dos montes triangulares. Reconocí la Montaña Humeante y a la Mujer Blanca, en medio de ellos había un poblado, ¡estaba en San Miguel de Nepantla! Seguía caminando, deseaba correr por aquellos campos pero mi paso era muy lento; había silencio de expectativa en la alquería, de pronto tropecé con unos leños y caí, sentí un dolor fuerte en el trasero, mas lo olvidé enseguida. Un llanto feliz me llevó a la habitación que ocupaba mi madre. La pude ver sudorosa, adolorida y resignada, con una niña envuelta en lienzos entre sus brazos. Desperté por la añoranza, acelerando el palpitar de mi corazón.*



## Coincidencias

Las novicias bordábamos, dirigidas por la hermana Antonia, el ajuar para doña Catalina, la hija de uno de los regidores del ayuntamiento de la ciudad. Manteles y sábanas de blanco lino se veían por doquier en la sala de costura. Las adornábamos con puntas tejidas a gancho, otras en frivolité y monogramas donde se entrelazaban la letra inicial del apellido de los contrayentes.

Sor Juana notó mi desgano —*vuestras penas se parecen a las mías, vienen de tanto pensar; olvidamos aquel “laisse faire” que la madre Saint Jacques predicaba cuando nos visitó.*

Pequé. La envidia maltrataba mi ser, no podía seguir bordando sobre la lencería de alguien que, sin amor, era entregada al himeneo por mí deseado tantas veces, vivido en sueños y ahora alejado de toda posibilidad. Las prédicas, los rezos y las ocupaciones no dejan un rato libre al pensar, mantienen en olvido el impedimento para el logro de secretos anhelos amorosos. Confesé esto a mi maestra en un momento de ofuscación.

Posó su mano en mi hombro para hacerme sentir su comprensión, observaba callada y continuó escuchando mi

discurso. El entendimiento no es buen consejero, me hace cuestionar la vida; estas palabras, que mi madre recordaba de la abuela, tienen mucha verdad: “Mantén la distancia / así podrás disfrutar del agua clara / sin que dejes de ver su sedimento”. Sin embargo, a pesar del consejo encerrado en esos versos “No intentes sumergirte en ella / aunque el murmullo te atraiga, / tus pisadas pueden remover / ese fondo de barro negro, / el agua se volvería turbia para ti, / y para los de la otra orilla”, siempre caigo en la tentación de atravesar el río.

*Yo también guardo distancia, y las letras me sostienen — pensativa, dijo mi tutora—. También tuve un corazón inquieto a quien domó la sabiduría. Volqué en mi comedia Los Empeños de una Casa mucho de esos sentires y le di forma al amor terreno. Cada vez que la veo representar me emociono, mas son cicatrices ya cerradas, no duelen, sólo nublan el recuerdo de vez en cuando.*

Revisamos el muestrario de letras; tracé las escogidas sobre el lienzo de unas toallas y pedí permiso para retirarme. Con voz tierna, raro en ella, sor Juana a mi lado me excusó y calmaba mi depresión con sus palabras —*Hay pocos caminos para una mujer que se ama a sí misma en la Nueva España. Cuando nací, contaba mi abuelo, los conventos estaban aglomerados en esta ciudad y guardaban desproporción con el número de sus habitantes. La religión era tan respetada como ahora. Mi madre, abrazándome, oía con miedo las noticias recién llegadas de la capital. En un auto de fe monstruoso, ante un público inmenso, a más de cien personas les dieron garrote y a otras las quemaron. Mientras su pecho me alimentaba, mamá sus temores y conjeturas; encerrada entre muros, viviría más tranquila.*

No sé por qué no me iba, tal vez hablé demasiado. Le confié el palpitar acelerado de mi corazón al escuchar la voz

de mi tutor, la emoción al verlo, la transpiración de mis manos, y aquel vacío en el estómago que regresa cuando pienso en él. Si hay cosas que no pueden ser jamás, ¿por qué mi empeño? Reflexionaba en voz alta.

Mi madre también está feliz con mi decisión de hacer votos perpetuos en la orden, ha sido un milagro conseguir la dote; permanecer en este convento es su paz.

Noté un cambio brusco de actitud en la religiosa, palideció y la sentí distante, mas continuó. —*No permitáis que un leve vaivén os deshaga. El Sueño me consuela cuando repito estos versos: ¿Por qué? Quizá porque más venturosa / que todas, encumbrada / a merced de amorosa / Unión sería.* Me aconsejó hacer de inmediato una visita al Santísimo.

De rodillas en el reclinatorio, recordaba sus palabras, revisé nuestra conversación, deseaba encontrar el motivo de su molestia. Para descubrir sus inquietudes, reviví escenas del sainete por ella referido. Si se identificaba con Doña Leonor, ¿quién sería Don Carlos?

Entonces sentí un desvanecimiento, ambas conocíamos a un Carlos digno de amarse. Ella, a quien nutría sus inquietudes literarias al escuchar sus cuestionamientos, leyendo sus escritos y proporcionándole material de lectura para llevar luz al gran deseo de sapiencia. Al amigo escritor, en uno de sus sonetos llamado *Dulce, canoro Cisne Mexicano* y terminado con esta confesión: *mi entendimiento admira lo que entiendo / y mi fe reverencia lo que ignoro.* Yo, al que iluminó mi ser enseñándome a leer y a escribir, me puso en contacto con los libros al confiarme el cuidado de su biblioteca. Crecí bajo su sombra; dejé la casa que me albergó desde niña para entrar al convento, creyendo ilusa en la fuerza de un sentimiento de gratitud, uniéndome a ella. Pensaba como exageradas las presunciones de mi madre, y ahora puedo decir, también en

un endecasílabo, “mi fe reverencia lo que conozco”; hubiese querido borrar esa imagen de mi mente, mas era tarde. Sor Juana lo debía haber confirmado con todo lo dicho por mí, en la tarde de confidencias. Presentí la verdad enfrente del Señor. El amor divino nos había reunido en el claustro; el amor humano nos mantenía en la distancia amando a un mismo hombre.

## El silencio

Y yo despierta..., y yo despierta..., el cansancio me hacía repetir dormida el final de la silva de sor Juana. La dio por terminada e hice varias copias del poema para enviar a sus amistades en busca de pareceres.

Mientras escribía, más admiraba la concepción de aquellos heptasílabos y endecasílabos. Mi mente martillaba la descripción de fray Luis de León sobre la mujer "...así, les tasó las palabras y las razones (...) han de guardar siempre la casa y el silencio". Entendí la callada lucha de mi maestra, dejé de copiar, me acerqué al barandal del corredor y, en voz alta, dirigiéndome hacia el cielo, para que el viento los multiplicara, repetí sus versos:

*¿Cuándo llegará el día  
que pongas dulce fin a tanta pena?*

Recordé la ocasión en que, de niña, mostré a mi tutor unas pequeñas estrofas por mí elaboradas. Con voz férrea, su mirada dura e indiferente les dio lectura y dictaminó: —¡Aquí no hay poesía! Cuando el cántaro suene a plata, todo lo que escribas

serán versos dorados, como los que adornan a los escogidos. Tal vez no es este el oficio pretendido por la vida para ti—. Me embargó la tristeza, en aquel poema iban partículas de un alma que se sintió desnuda y avergonzada ante su protector. Nunca más volví a escribir; mi corazón calló para siempre.

Razón tenía sor Juana en preguntar en un romance *¿Soy ave nocturna para no poder andar de día?*, por eso, y habrá alguien que también lo vislumbre, escogió la noche en su poema para transitar oculta entre las sombras, tras el lenguaje que describe este sueño, nuestro sueño *y en la quietud contenta: / de imperio silencioso, / sumisas sólo voces consentía / de las nocturnas aves, / tan oscuras, tan graves, / que aun el silencio no se interrumpía.*

Sé que mi maestra me permitiría confiarles, para esclarecer las tinieblas en su silva, lo escrito en una carta dirigida a sor Filotea de la Cruz:

y casi me he determinado a dejarlo al silencio, pero como éste es cosa negativa, aunque explica mucho con el énfasis de no explicar, es necesario ponerle algún breve rótulo para que se entienda lo que se pretende que el silencio diga: y si no, dirá nada el silencio, porque ése es su propio oficio: decir nada.

Y nada dirá, estoy segura, para algunos de los que leen. Otros se conmoverán ante la palabra, como la escuchada en sueños por la poetisa cuando un eco muy lejano llegó, de centurias de años distantes, y trajo con la voz de un poeta laureado esta afirmación: “El silencio es indecible, expresión sonora de la nada; el callar es significante”.

## ¡Oh Alá!

Sería hora de completas, en uno de aquellos templados atardeceres mejicanos, cuando vi a mi maestra y a fray Jesús conversar, sentados en una de las bancas distribuidas alrededor del patio.

—Ojalá que la pretensión de vuestros versos envueltos en tinieblas pueda leerse algún día sin temores, con la apertura de otros tiempos, ya que como bien descubrí en *El Sueño: del difícil certamen que rehusa / acometer valiente, / porque teme —cobarde— / comprenderlo o mal, o nunca, o tarde,...*

—Así le hablaba a sor Juana mi confesor, mientras saboreaba una taza de chocolate caliente. Yo le había entregado, por encargo de la autora, un borrador del poema, ella deseaba darlo por terminado y varias copias del mismo circulaban entre amistades.

—Guardad el secreto de este confesor —le decía—. Me habéis hecho recordar a mi bisabuelo. Contaban los viejos, allá en la Córdoba natal, la de Séneca, de Góngora y otros grandes, que era el encargado del mantenimiento de la antigua mezquita. A fines del siglo pasado, al expulsar a los marranos, durante el reinado de los padres de Juana la Loca,

el desconcierto entre la población y el comprobar que los pueblos de los libros no se respetaban como antes, lo sumió en una gran congoja. Sin ánimos para vivir se refugió en el cuidado de aquel lugar santo; un día apareció muerto debajo de uno de los arcos, el de la Puerta del Perdón. Sus antepasados habían contribuido para construirla. En ese entonces era la catedral de San Fernando, pero él, apegado aún a tradiciones heredadas, pasaba por la fuente de abluciones y en silencio nombraba a Alá tres veces. Mi abuelo también trabajó allí, le tocó demoler la parte central de la mezquita para construir en su lugar el coro, la capilla mayor y el crucero.

Vivíamos cerca del convento de San Cayetano, fundado por san Juan de la Cruz —continuó hablando, con la mirada perdida en el tiempo—. He admirado siempre su poesía, por eso puedo entender vuestra necesidad de escribir y las ansias de conocer. Como la flor, algún día tiene que abrir sus pétalos el entendimiento. Desde muy joven profesé en la Orden de los Carmelitas descalzos, y aquí me tenéis, en las Indias, donde aún no he encontrado en sus ciudades los atributos alabados sobre la mía por un primo poeta: el gusto de aquel aire, el sabor del agua, el dorado del cielo y aquella dulzura de la sombra.

De niño jugaba con los bisnietos de judíos conversos y moros expulsados. Nuestra morada estaba a la vuelta de la Calleja de las Flores. Claveles, rosas, jazmines, geranios, alhelíes... toda la flora andaluza se ofrecía, engalanada de colores, formas y perfumes, a la vista y al olfato, cuando camino a la Judería y al barrio del Alcázar viejo andábamos los amigos; mozuelos bebedores de vino en las orillas del Guadalquivir. En casa, nuestro padre todavía conservaba, como reliquia, los tapetes ya gastados por el uso de los parientes idos, quienes hacían sus oraciones cinco veces al



día sobre éstos, arrodillados en dirección a la ciudad santa de La Meca.

Oscuració temprano; sin embargo, de prisa comentó el reverendo antes de retirarse: —Veo que nada más escucháis y habéis perdido el habla, pero os cuento esto, porque la nostalgia me ha recordado con vuestra silva, al “Isra”, el viaje nocturno de Mahoma, quien en una noche llegó a Jerusalén, y desde una roca ascendió al cielo, montado en un animal blanco parecido a un caballo con alas. Al regreso, aquellos que creyeron en este relato son ahora sus iluminados.

Este poema no es sólo tinieblas, es humo, humo de una hoguera, donde el Santo Oficio quemó la paz de los cristianos, la Torá de los judíos y la memoria sobre el origen de la tez morena, como la mía, en muchos españoles.

Sor Juana, atenta, quería oír más sobre el profeta mencionado por filósofos ya conocidos, como Avicena y Averroes, sin embargo fray Jesús, con toda seriedad, calmó su entusiasmo. Le pidió olvidara esta conversación.

*Tenéis razón. No quiero ruido con el Santo Oficio —dijo sor Juana—. Debo confesar que soy la peor de todas.*



## La confesión

Cuando no me podía concentrar en las lecturas sagradas, me veía las manos, un día las puse en forma de alas contra el rayo de luz que entraba por una de las rendijas y su reflejo en el muro de la capilla me mostró la sombra de un ángel. Entonces recreé mentalmente el misterio de la Anunciación: “el ángel del Señor le anunció a María”... escena que aparecía en alguno de los pectorales de las madres de la congregación, y recordé que todos nuestros actos, obras y oraciones durante aquel mes estaban dedicados a María Santísima.

En la sacristía ayudaba a sor Juana en el arreglo de las rosas recién cortadas para adornar la capilla. El olor a incienso y la tenue luz, que atravesaba a las altas ventanas, nos tenían adormecidas. Yo soñaba con ser la Perfecta Casada, cortando flores del jardín del Edén para embellecer la mesa de mi esposo. Las pisadas de las hermanas que venían a la adoración del Santísimo y el golpe seco de sus breviarios al cerrarse cuando se iban interrumpían nuestro amodorramiento.

A pesar del cuidado que tuve al despojar los tallos de sus espinas no pude evitar que mis manos sangraran.

*¡Cuán altiva en tu pompa, presumida,  
soberbia, el riesgo de morir desdeñas,  
y luego desmayada y encogida  
de tu caduco ser das mustias señas,  
con que docta muerte y necia vida,  
viviendo engañas y muriendo enseñas!*

Recordando este soneto limpié mis manos en el delantal y no dejé de observar la melancolía de mi tutora. Desde laudes, cuando rezábamos el Credo y las rogativas de la aurora, tenía esa actitud; comenzó a repetir:

*Credo in unum Deum,  
factorem coeli et terrae,  
visibilium omnium, et invisibilium*

Se mostró molesta e interrumpió el rezo para decirme que no entendía a su confesor.

*—Cada vez que me confieso salgo llena de dudas. Si nuestro Padre es el creador del cielo y de la tierra, y de todo lo visible y lo invisible, ¿por qué no puedo verme en ese cielo y desear ser una estrella?, ¿por qué no puedo presentir lo invisible y ver más allá de lo visible?*

Revisaba mi mano ayudándome a extraer unas espinas, entonces creo que deseó ser una rosa cuando murmuró lo siguiente: *mira que la experiencia te aconseja / que es fortuna morirte siendo hermosa / y no ver el ultraje de ser vieja.*

Regresó a sus cavilaciones sobre el confesor y en voz alta decía:

*—Lo he repetido miles de veces. Es nuestro Credo; y sin embargo a nadie puede confiar que si Jesús Cristo ha nacido del Padre antes de todos los siglos no estoy pecando al invocar uno de*

*sus nombres más antiguos como es Yod, por eso después del verso doscientos sesenta y seis de mi silva, justo cuando se disipan las tinieblas, lo invoco y en nombre de Él despunta el alba, como el comienzo de una vida que deja atrás la muerte. Escondo entre esas líneas el Yodoom, y aquellos que presientan lo invisible podrán leerlo.*

Sonrió con ese movimiento de cabeza tan suyo, para sacudir pensares que le provocaban pesares y añadió:

*—Os va a causar risa, aunque no debéis hacerlo de algo tan serio y bendito como es la penitencia, pero entre los padrenuestros y demás oraciones que me asignó mi confesor y algunos sacrificios que me mandó, hoy en la mañana vino a mi cerebro parte de una redondilla:*

*Hombres necios que anuláis  
a la mujer sin razón,*

Di un paso atrás y abrí los ojos con asombro.

*—No temáis, me dijo. Después de ese mal pensamiento ofrecí a la Virgen cuatro noches sin escribir, una por cada verso. Pero insisto: cuando termine mi Sueño, éste será como el Credo, con la esperanza en un mundo futuro al que contemplaré despierta cuando esté iluminado.*

Colocamos los búcaros llenos de rosas en el altar mayor y con el aroma que despedían recordó:

*Hace poco tuve un sueño diferente. Vi a mi confesor, estaba sobre un túmulo funerario, su alma al desprenderse se me acercaba y a su lado fray Luis de León recitaba versos de su Vida Retirada.*

*Le pregunté a Su Reverencia si eso significaba que ya no consideraría el escribir versos un pecado, pero nos interrumpió fray Luis hablando de su tormento de preferir la Biblia en hebreo*

*a la Vulgata en latín. Entreabrí los párpados al ver una luz que venía hacia nosotros. Ésta tomó la forma del rey Salomón, se me acercó al pedir: ¡Oh! Tú que en huertos moras, / los amigos te escuchan: haz que oyamos tus / palabras sonoras. Antes de partir posó la mano con su anillo sobre mi cabeza.*

*Dirigí la mirada hacia el alma de Don Antonio ¿qué quiere decir esto? cuestioné. Con voz apagada alcanzó a contestar: Te absuelvo. Dios habla en versos y escribe en versículos. Tú lo oíste con los ojos. Cuando pasen dos meses nos reuniremos en el Señor. Se borró esta imagen. Luego me vi en un lecho mortuario, rodeada de verdes prados y cerca del Buen Pastor.*

*Desperté con la suavidad del perfume de rosas de Castilla a mi alrededor, la dulzura de la absolución y mi voz repitiendo este verso del Cantar de los Cantares:*

*¡Ya de las flores el olor se siente!*

## Vanidades

—*Sé que mi final no demora, ya el mes de Nisán está cerca*— dijo cuando entré a saludarla. Su pasión por leer y releer el Antiguo Testamento la hacía ubicarse en las fechas y celebraciones del calendario judío. Oírla era vivir capítulos de la Historia Sacra relatada en los Libros.

—*La naturaleza ya se repliega en mi físico, en el ánimo y en mi pasión por la escritura. Anoche no descansé, mi mente recorría los versos de El Sueño, los repetía: de vanos obeliscos punta altiva, escalar pretendiendo las estrellas. Recordaba con ellos el comienzo del Eclesiastés: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”, me pregunté también: ¿qué provecho he sacado de toda mi labor bajo el sol?*

Me afligía su decaimiento no solamente para la creación literaria, sino en cuanto a sus actitudes personales. Ella iba perdiendo la afición al cuidado del aseo y sus vestidos; su toca, siempre impecable, a veces mostraba manchas de tinta u otros líquidos, que resbalaron por el blanco almidonado. Lavaba su cara con agua fría del pozo, vaciada muy temprano en su aguamanil por la hija de Chonita; mas, en esos días, la sintió helada y si la hacíamos calentar igualmente protestaba.

Para mí sus manos eran un tesoro, ellas recibían de su entendimiento el mensaje a transcribir. No soportaba ver sus uñas, ya quebradizas y amarillentas, descuidadas y largas. Ella accedía con poco agrado a cortárselas, desde que dejó de interesarle la música y practicar en el órgano sus intentos de extraerle la “vox humana” y la “vox angélica”. Una de esas mañanas en que la asistía, con desgano narró un sueño donde apareció su abuelo.

—“Él me regañaba. —Tanto batallar para conseguir la sabiduría y ahora la haces a un lado —dijo socarrón.

—Si es para vivir tan poco, ¿de qué sirve saber tanto?

—Has sido el ejemplo de mujeres que se vanaglorian con tus versos, ¿qué te pasa, mi niña?

—Tú lo has dicho abuelo, han usado mi poesía para presumir y demostrar que en todas las épocas ha sido lo mismo, nadie nos quiere como nos hacen, ni nos hacen como nos quieren.

—Creo conocer lo que ha sucedido —afirmó sabiamente—.

*Debajo de ese hábito están escondidas tus formas femeninas. Sin embargo, el encanto de la mujer se quiso ocultar tras la palabra y no pudo. Sus deseos los apagaba en un manantial de sílabas, las inquietudes navegaron junto a las letras y su existencia se volvió un canto en notas sostenidas que el tiempo no logró aguantar.*

—Corrí hacia él, quise abrazarme a sus piernas como acostumbraba de niña. La imagen se borró; así sucede con la de otros seres que ya se fueron y en estas noches se obstinan en venir a visitarme en sueños”.

Traté de animarla. Mencioné a los virreyes que la conocieron y admiraron. Recité versos de poemas a ella dedicados. El esfuerzo era inútil. Desesperada ante sus negativas alcé la voz para demandarle: si queréis olvidaros de sor Juana y sus elogiadores, entonces, ¿qué pasará con la Julia escondida en ellos?



Desde pequeña oí hablar, en casa de quien vos sabéis, sobre vuestra obra, dije bajando la cabeza para esconder el rubor. “Es como el agua fresca que después de dormir nos despierta —opinaban—. Permanecerá como inundación para los que se acerquen a la Fuente de Castalia”.

—*Soñé que quería saberlo todo, y no pude* —respondió.

Mas vuestro sueño ha influido mi vida y la de muchas novicias. Vuestra fatiga espiritual ha dado frutos iluminando nuestro mundo.

—*Ojalá lo contemple algún día, aunque sea desde lejos y me separen muchos años luz. En este momento sólo recreo a Leonor, mi invención, diciendo: nací hermosa; a su engrimiento al pensar que era de su patria todo el objeto venerado disentir cuando voló su fama parlera y discurrió reinos extraños.*

*Los aplausos me dañaron, hicieron crecer a mi lado la cizaña. Junto con el aroma de las flores recibidas percibí la envidia y el egoísmo del prójimo, mas sólo intenté poner bellezas en mi entendimiento y no mi entendimiento en las bellezas. Su oscuridad ocultó mi esencia, la que ahora busco ansiosamente.*  
—Con pesar completó.

Continuó hablando sola, como era su costumbre últimamente, ya no le importaba mucho saber que la escuchaba. Esa vez se dirigió hacia mí diciendo:

—*Cuando llegue el momento de recoger del campo los frutos de mi trabajo, pasando este invierno, antes de morir, os pediré reveléis mi secreto; por lo pronto confieso, mis metros componen un canto encaminado al cielo, de vanos obeliscos punta altiva / para que mi verdad allí llegue. Creí lo que Lope decía, tal vez en un raptó de amargura, “Dijeron que antiguamente / se fue la verdad al cielo; / tal la pusieron los hombres, / que desde entonces no ha vuelto”. Dejo en mi silva la reflexión sobre una existencia que se apaga. Como el Sucot, la fiesta de la siega. Con versos hago*

*reinar a Temis, diosa de la justicia y restauradora de la vida en la tierra después del diluvio. Es mi Fiesta de los Tabernáculos, donde se rememora al tiempo del Éxodo.*

Se cantaba el Salmo 118 en esa celebración y se leían capítulos del Eclesiastés durante siete días —añadí con prisa—, luego me acerqué a la puerta de su celda y pedí permiso para retirarme; no podía detenerme por más tiempo.

Sólo pasé a deciros que el día amaneció precioso. Vengo de la huerta grande —le comunicué—, las ramas de los ciruelos presumen su flor blanca y las de los duraznos la suya rosa.

—*Debéis avisar a la madre priora* —me recomendó—, *una flor bella en los frutales es como la palabra adecuada en un verso; la primera es presagio de buen fruto, la segunda de un gran poema.*

Salí rumbo al refectorio. La claridad de aquella mañana resaltaba por el sol ardiente, que sobre las tiernas hojas de los árboles acentuaba su brillo. En el camino todo parecía sonreír, las flores brotaban y el agua cantarina de la fuente caía sobre los geranios y los pensamientos generosos en colores.

Mis oídos reproducían sin cesar las palabras con que ella me despidió:

—*Mi Sueño es un cantar a la naturaleza, a la ley de Dios y a la justicia* —dijo entonces—, *la que en muchos casos, reprimió al conocimiento; con el auxilio de éste consumí vanidades de la vida para evitar consumir la vida en vanidades.*

—*Trato de alejar de mi corazón la congoja, la recolección es tiempo de alegría, y antes de que el polvo vuelva a la tierra de donde salió y mi espíritu retorne al Señor, quien le dio este ser, confirmo. Todo fue vanidad.*

## La peste

Después del sueño de su absolución dejó de escribir. Cuando traté de animarla me recordó la ocasión en que, para alejarse del pecado, dejó de hacerlo durante ocho años.

En aquellos días la ciudad estaba de duelo, una epidemia hacía estragos en la población; los remedios conocidos no eran muy efectivos, y los que nos habíamos salvado del contagio auxiliábamos a los moribundos. Nuestro convento no fue la excepción, el cuidado de las jerónimas enfermas absorbió a sor Juana. Los decesos en la orden fueron muchos y continuos, incluyendo religiosas y servidumbre.

Ayudaba en esta labor a la monja, pero ocupé parte de mi tiempo en memorizar sus recomendaciones y evitar se perdieran los pensamientos que volaban de su mente. Éstos eran divagaciones en voz alta o baja, según el cansancio. Algunas veces hablaba repitiendo versos de su sueño, otras eran simples frases como las de despedida, pronunciadas por los moribundos hacinados en nuestra sala de latines.

La madre priora ordenó que no me le despegara. La tutora quiso dedicarse al cuidado de los enfermos y yo fielmente al de ella. Me convertí en su sombra. Sor Juana estaba cambiando.

Me había acostumbrado a escuchar los increíbles relatos sobre su sueño. Sentí celos, ya no me hacía su confidente. El diálogo se iba perdiendo, toda nuestra energía se canalizaba en auxiliar a los contagiados de aquella peste incurable. Logré un día captar su atención cuando, agotadas por la vigilia y el desvelo, nos sentamos en las escaleras cercanas al Patio de los Gatos. Aproveché para relatar lo que mi madre en alguna ocasión me contó:

—Era miércoles santo, la venerada figura del Nazareno salió en la procesión. Mi tío, Mauro Tovar, el obispo de la diócesis, iba al frente siguiendo a los encapuchados. La ciudad estaba desierta, el vómito negro corría por las calles de Caracas. Se percibía la misma tristeza del claustro. Ésta era interrumpida por una que otra saeta, escapada desde los balcones de las casas vecinas al templo de san Pablo, suplicando su intercesión, a fin de dar término a los males que aquejaban a la población. El Nazareno escuchó las plegarias de los feligreses. De repente se produjo un aumento en su peso, que hizo necesario realizar un receso en el andar. La procesión tuvo que detenerse en medio de unos limoneros. Alguien dijo: ¡Vean lo que nos quiere decir el Nazareno! Otro exclamó: ¡Este cítrico nos sanará! Y varios en un grito de esperanza: ¡Milagro! Ése fue el santo remedio para el cólera en aquella Capitanía General—.

Me miró incrédula y cansada, pero complaciente mandó a la criada por limones, me pidió le enseñara a ensartar en hilos varias rodajas, elaboramos unos collares y se los colgamos a los enfermos esperanzados. Muchos se recuperaron. Convencí a la madre priora para que permitiera incluir el zumo de limón en la dieta del convento. Estuve pendiente de tomarlo con el té de yerbas en la mañana y al retirarme a dormir. Por más que insistí sor Juana se negó a imitarme.

La escuché una noche hablando con la madre Antonia, antes de que ésta muriera.

*—La bondad y la dedicación al cuidado de mis hermanas es parte de la obediencia que debo y la concesión que he pedido con tanto afán a Dios: apresurar el fin de este cuerpo; mi alma ya está con Él, y mi materia aquí con vosotras. Ando descalza para que mis pies recuerden, con la aspereza de las baldosas, la tierra de donde vengo.*

No tardó mucho Nuestro Señor en escucharla. El agotamiento, la falta de prevención y cuidados al atender a las hermanas lo aligeró. Cuando cayó enferma, en una de sus tardes más lúcidas, me regaló esta palabra y su discurso sobre lo único por lo que valdría la pena vivir: “Amor”, continuó:

*—El que recibimos y guardamos en nuestro reloj, el que marca los pasos de la vida, éste lo expande o lo achica como en la poesía, con el recurso de la sístole y la diástole; de acuerdo con la necesidad. O el que entregamos. El que ignorante de mi soberbia dejé de dar; mis rencores muchas veces no permitieron nacer y la soledad dentro de mí dejó morir.*

Para consolarla le recordé sus poemas donde el amor estaba a la vista. Mucha gente la admiraba.

*—Lo habéis dicho: me admira, pero pocos me han amado.*

*La soberbia no permitió entregar por completo mi amor a un Dios que me envió al mundo en desventaja. A mis hermanas las vi pequeñas ante la sapiencia y no recuerdo haberlas obsequiado con lo más apreciable de mi labor: un poema.*

Respiraba con esfuerzo. Insistió en seguir hablando:

*—Los rencores limitaron mi capacidad de amar a los hombres y se disfrazaron en versos dedicados a los negros o a los indios de esta tierra o para aquéllos en alguna forma reprimidos.*

*La soledad acabó por hacerme creer que ese sentimiento estaba muerto en mí. Aficionándome a la noche, al silencio que*

*permite oír otras voces, descubrí entonces compañeros en la oscuridad y escuché amigos en el sonido oculto entre los versos de mi silva consentida, El Sueño.*

Le mencioné la infancia, llena de ternura, la que tomamos como algo propio, por eso no la valoramos sino hasta ser mayores. Movi6 su cabeza y sonri6 exhalandolo:

*—De la niñez, raras veces recuerdo el aguamiel, con todo y arañas atrapadas en su red, que los tlachiqueros en los terrenos de mi abuelo nos dan a beber. La práctica enseñaba cómo retirar ese velo que cubría el brebaje. A Chonita, con su rostro sereno y lleno de arrugas, donde se escondían las historias de nahuales que contaba, mientras elaboraba tortillas y las extendía en un comal de barro sobre las brasas del fogón encendido.*

La interrumpí para colocarle unos lienzos de agua fresca sobre la frente.

*—Escondí mi vida y sus anhelos entre los versos de algunos poemas y sobre todo en El sueño. Releyendo mis escritos descubrí la burla del Viejo Mundo ante esta mujer: una Décima Musa que no existe, porque las otras nueve se hicieron presentes en mi obra. Y Fénix de América, que al estudiar en libros prestados el Sancta Sanctorum de los iniciados en los misterios de Osiris, aprendí que la palabra fénix era el santo y seña de los falsos, de aquellos dedicados a las ciencias menores, como la astrología, la quiromancia y la superstición.*

Me apretó la mano con fuerza para toser y continuó:

*—Mis sentidos se atrofiaron por oír con los ojos, ya no escuchaba las voces de los ángeles en el coro que dirige sor Verónica, sólo oía la palabra llegada a mi mente. Dejé de ver los colores que el arco iris derramaba, sobre las flores cultivadas por sor Águeda, alrededor de las fuentes de los patios de San Jerónimo. Mi vista era ambiciosa, abarcaba todo el firmamento y se le escapó lo que enfrente tenía.*

Jugó con las cazuelitas de conífera, con que se rellenaban las redes tejidas a gancho por las novicias, éstas las colocaban cerca de las camas o en cualquier rincón de las habitaciones, para mitigar la fetidez que invadía el ambiente del convento. Las llevó cerca de su nariz.

*—Al escribir sentí fragancias exóticas a mi lado —dijo— y se desvanecía el aroma de las flores que algunas veces me obsequiaban. Olvidé el olor de la tierra apisonada en la casa natal, el sabor del agua que destilan los volcanes y el de la leche bebida al pie de la vaca recién ordeñada. Sabe a pastura y a bosta.*

*Con el olvido enterré las trenzas de la niña, que prefirió observar sola todo lo que ocurría a jugar con otros niños y exponerse a ser blanco de sus burlas o murmuraciones escuchadas en familia acerca de su madre. Allí, en medio del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl quedó sepultado el origen, mi familia. La imagen de un padre a quien me hacéis recordar al platicar sobre vuestro tío. ¿Quién puede negarnos el que ellos se hayan conocido, cuando el capitán Pedro Manuel de Asbaje visitaba el puerto de La Guaira, a bordo de una de las naves de la Compañía Guipuzcoana?*

Enjugué sus lágrimas. Suspiró.

*—Añoro las caricias que no recibí de mi madre. Extraño los gatos que durmieron en mi regazo, haciéndome compañía mientras daba lectura a los libros a mi alcance. Bendigo las manos que alisan mis cabellos y los ungen con aceites de alcanfor para aliviarme.*

Se llevó las manos a la boca. Comprendiendo que iba a vomitar le acerqué la palangana del aguamanil y luego le di un paño humedecido en agua de rosas. La ayudaba en su aseo cuando sentí su mano en mi mejilla. Nos miramos, ella notó mi sorpresa y advirtió la congoja. —Perdía a mi maestra, a la amiga—.

Ella se despedía con aquel gesto amoroso, en el que iban todas las caricias reprimidas que quiso dar a otros en este

mundo y no la dejaron sus fantasmas. Las facciones se le iluminaron, había calma en ellas. Se veía radiante.

Entró el padre Francisco a administrarle la extremaunción. Me retiré adivinando el acercamiento de sor Juana a su mundo iluminado.



## El salmo escondido

*Para Georgina Sabat-Rivers  
y Antonio Alatorre*

Noté su alivio al oírme repetir en voz alta las oraciones que indicaba y dar lectura a los salmos escogidos. Su petición me hacía saltar del 22 al 118 y de este último al 22 nuevamente. Eran sus preferidos.

Sor Juana presentía su cercana muerte y con mi ayuda preparaba su alma para bien morir. Al principio de su agonía hubo días con sus noches en que participaba en el rezo del rosario o contestaba las letanías. Otros fueron terribles. Una noche, debilitada por los vómitos y la fiebre maligna, no deseaba oír mis oraciones. Inquieta, volteaba la cabeza para no mirar mis labios pronunciando el nombre de Dios. Sus ojos, al cruzarse con los míos, gritaban desesperadamente en silencio: “quiero morir”. La madre priora dijo algo sobre la lucha que libraban el alma y el demonio en esos momentos, trajo agua bendita para rociar el cuarto y colocamos cerca de su cama la imagen de san Miguel Arcángel. Nos impresionaba ver lo que se iba formando al derretirse la cera. La luz del día siguiente descubrió, en uno de los candelabros, la figura de un ángel con sus alas extendidas. Guardo entre mis recuerdos esa reliquia.

Sin embargo, hubo una mañana en que amaneció muy lúcida y me pidió no olvidar su secreto.

—Os ruego recordar, algún día tendréis que revelarlo. El Sueño está inspirado en el Salmo 118 del Antiguo Testamento, lo hice para honrar a Nuestro Señor y elogiar la palabra divina. Comienza en la víspera, con la penumbra, como toda festividad, y despunta en el alba, con la letra Aleph, la primera de las 22 que componen el alfabeto hebreo. Este salmo consta de 176 versículos, divididos en 22 estrofas, y cada uno de sus ocho versículos empieza con la letra correspondiente del alfabeto. Fijando la atención en el verso “Y del modo”, si lo hacéis girar dirá: “Yod ooom leed” y adquiere valor propio.

Debo confesar que he mezclado la geometría y la aritmética con la poesía. Así, sumando los 9+7+6 versos, los guío al número clave en la estructura del poema: el 22. Estructurando El Sueño triangularmente, o sea en tres partes de 3/27 versos para la base, 3/25 para un lado y 3/24 para el otro, llego a la cumbre del triángulo con la letra número diez del alfabeto: Yod.

Se mordió los labios y moviendo la cabeza exclamó: ¡No os van a creer! Pensarán que es práctica corriente, en este Siglo de Oro, al cambiar el pensamiento de dirección, apartarse, y atribuirán esa razón a mi verso de cuatro sílabas dentro de la silva, el cual en secreto convierto en heptasílabo. Otros se detendrán a preguntarse: ¿Con qué derecho estoy declarando que está mal? ¿Acaso no hay más camino que el mío? ¿Por qué no ha de hacer ella lo que el corazón le diga? Algún día se oirán las voces y sabrán estas verdades. Habrá alguien que detenga su vista en mis versos, con una segunda consideración y su oído en las letras 14, 18 y 21. Despertará corazones y entonces se leerá, como en el Salmo 118, mi conversación con el Señor, mi Dios, elogiando su palabra y el cumplimiento de la misma. Comprenderán el tema único de mi silva, la Ley de Dios, sus grandezas y excelencias.

*Esta moribunda, la peor de todas, vació allí sus secretos como herencia para los lectores que no la encuentren monótona.*

- NUN 110      Los malvados me tendieron un lazo mas yo  
no me desvié de tus preceptos.
- SADE 138      Con justicia has impuesto tus preceptos, y  
con gran benignidad.
- SCHIN 166      Aguardo, Yahvé, tu socorro mientras practico  
tus mandamientos.

Hasta ese momento comprendí. *El Sueño* pretendía ser su propio salmo.

—*Encierra el sonido de las palabras pronunciadas por Moisés ante el Mar Rojo para que éste se abriera al paso de los judíos. Éxodo 14:18.21. Las mismas que el rey David llevaba sobre su pecho, grabadas en un amuleto protector, y escritas en forma de estrella.*

Entonces, intrigada, pregunté por su insistencia en escuchar también, continuamente, la lectura del Salmo 22, el del Buen Pastor.

—*Porque ése es mi verdadero Sueño. Contestó. Descansar en sus verdes prados. Sé que el Señor es mi pastor, y con Él nada me faltará.*

Empezaba a leerle este salmo cuando me quedé dormida. Desperté, la vi descansando y esto me causó alegría. Llegó el padre a darle la comunión, se le quedó mirando, pidió un espejo y se lo colocó bajo la nariz. Con resignación informó que ya había muerto.

Viví en ese instante la misma sensación de vacío sentida cuando mi madre me dejó en el convento. Un llanto tibio se asomaba a mis ojos, mas no se atrevían las lágrimas a brotar enfrente de las madres, que en esos momentos daban órdenes

a mis pies cansados y a mis manos sudorosas y temblorinas ante el espectáculo de la muerte. Acostumbrada a la diligencia, proporcionaba las sábanas y el hábito limpio que pedían. No me prestaron atención cuando sugería la enterraran con su sayuela blanca y la cruz del rosario entre sus manos. Yo la imaginaba como en el Apocalipsis del apóstol san Juan, en “El triunfo de Cristo”, vestida de finísimo lino blanco y puro, siguiendo al Verbo de Dios.

Mi cabeza se detenía en algunos versos de *El Sueño*, de sor Juana, donde escribía lo que calló, aquellos recorridos al lado de mi oído presto siempre a escucharla. Nos dejaba, ignorantes de la gran pérdida, cual *amazona de luces mil vestida, / contra la noche armada, / hermosa si atrevida, / valiente aunque llorosa, / su frente mostró hermosa / de matutinas luces coronada, /...* Una presencia grandiosa e invisible fue invadiendo el espacio. El cadáver permanecía con una sonrisa, en un adiós interminable; su rostro mostraba la belleza que había visto plasmada en algunos óleos pintados por los Echave, expuestos en la iglesia de los jesuitas y en el convento de Xochimilco. Sus ojos cerrados me miraban complacida, ¡estoy segura!

La habitación estaba impregnada del aroma de los cirios con que la velábamos. Salí al patio del claustro, respiré profundo para llenar mis pulmones de ese aire que consuela. Recargada en una de las columnas, descansé al oír al ceniztle, que con la aurora, sobre las ramas de un chabacano florido, cantaba libremente. Alcé la vista al cielo; mi dolor no impedía la visión clara, como mi nombre, del alma de sor Juana rumbo a su destino.

## La leyenda

Al día siguiente de su entierro lo supe. No podría continuar en San Jerónimo. Hablé con mi confesor y él comprendió que la razón me acompañaba. La afinidad que me unió a mi maestra, desde el primer día en el convento, permitió al tiempo transcurrir y esforzarme por llegar a ser una jerónima, mas no debía seguir aplazando la perpetuidad de votos. Él hablaría con mi tutor al respecto.

La madre abadesa me solicitó ordenar las habitaciones de la difunta y dirigir a las criadas en la limpieza. Cuando entré un escalofrío recorrió mi cuerpo y no pude evitar que saliera, desde muy adentro de mi ser, el llanto reprimido. Rogué a la servidumbre dejarme sola en aquella habitación venerada; allí externé mi dolor.

Me desconcertó una risa amable a mi lado. El espacio se sintió invadido por seres a los que no distinguía, pero tampoco temí. Alguien se acercó a mi oído y me pidió observar el cielo en las noches.

—Verás a sor Juana acunada en los brazos de la luna, sólo espera una lluvia de estrellas para ocupar el lugar que le corresponde entre mis constelaciones.

Al formar parte de nuestro firmamento, entrará en mi Gran Sistema de Astronomía. Su luz iluminará entonces al mundo que siempre deseó contemplar.

Con reverencia me senté a la mesa de trabajo de mi tutora, tomé su pluma, ésta comenzó a volar entre mis manos y en las cuartillas allí olvidadas escribí:

“Algunas veces, las estrellas, en su afán de iluminar, se confunden entre los humanos al tomar su forma. Esto fue lo que sucedió, después de que el mundo ya había renacido. En uno de aquellos años, cuando llevaba Escorpio la mitad de su camino recorrido, una estrella se desprendió de la constelación boreal Cisne<sup>1</sup> y a la luz sombría de la Luna, una hora antes de la medianoche, la parte femenina del universo,<sup>2</sup> que yacía dormida en su sepulcro real, brotó de la tierra, de entre sus músculos piramidales,<sup>3</sup> en un pueblito llamado Nepantla,<sup>4</sup> dando comienzo a una *piramidal funesta* que, con un canto de composición triangular, entonó con pinceles alados, como si fuera un conjuro en busca de la luz, para libramos al final de un hechizo”.

Me retiré temblando, guardé esta leyenda en el bolsillo y le doy lectura cuando creo olvidar a sor Juana. Con el polvo de los libros que sacudo partiré, mas esta vez con la alegría *del cerebro, ya desocupado, / las fantasmas huyeron* antes de que el viento a mis recuerdos se los lleve, y la arena solitaria del silencio sepulte la otra cara de *El Sueño*.

---

<sup>1</sup> Representa al ave en la que se convirtió Zeus para enamorar a Leda. Se encuentra situada entre las constelaciones Cefeo (padre de Andrómeda, la dama encadenada, quien quiso disputar a las Nereidas, sus hermanastras, el premio a la hermosura) y el Águila: el vuelo, la libertad.

<sup>2</sup> Isis.

<sup>3</sup> Los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl.

<sup>4</sup> Voz náhuatl que significa en medio.

*María Eugenia Leefmans Zurita.* Nació en Caracas, Venezuela, en 1944. Desde 1969 radica en Toluca, México, y obtuvo la nacionalidad mexicana. Su formación como escritora comenzó bajo la tutela de Pedro Salvador Ale; cursó varios talleres de narrativa y el Diplomado en Estudios Literarios Propedéuticos en la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México. Fue alumna de Carlos Elizondo Alcaraz en los talleres sobre vida y obra de Sor Juana Inés de la Cruz y Nezahualcóyotl. Es colaboradora semanal del diario *El Sol de Toluca* desde 1998.

Ha sido acreedora de diversos premios y reconocimientos: Presea en Arte y Letras Sor Juana Inés de la Cruz del Estado de México (2014); Premio Certamen Internacional de Literatura Letras del Bicentenario “Sor Juana Inés de la Cruz” (2011) por *Lluvia*; Premio Nacional de Novela para escritoras “Nellie Campobello” del estado de Durango y Conaculta (2010) por *Fuera del paraíso*; Premio Nacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” de la UAEMÉX (2000) por *La dama de los perros*; ganó la publicación de sus novelas indigenistas *La noche en el maizal* y *Lunas después*. Becaria del Focaem/Conaculta en 2004, 2006 y 2009.

Su obra ha sido publicada en revistas, diarios locales e internacionales y antologías. Su poesía aparece en *Raíces*, *Sobre la tierra extraña* y *Muchas lunas después*. Sus novelas: *Lluvia*, *Fuera del paraíso*, *La dama de los perros*, *La noche en el maizal* y *Lunas después* han sido merecedoras de varias ediciones, así como los libros para niños: *Tú, que intentas volar*, *Cuéntame de Sor Juana Inés de la Cruz* y *Felipe y su música*, *Cuéntame de Felipe Villanueva*, el ensayo *Furia Melódica* y el entremés *La metamorfosis de Inés*. Es creadora de los libretos para ballet coreográfico *Inés*, sobre sor Juana Inés de la Cruz, y *Mi niña se llamaba Leona*, acerca de la vida de Leona Vicario.

# LAS FANTASMAS HUYERON

¿Acaso no hay más camino que el mío? ¿Por qué no ha de hacer María Eugenia lo que el corazón le diga?

*Antonio Alatorre, 1997*

En una genuina atmósfera de la época sorjuaniana lograda por Ma. Eugenia Leefmans, en *Las fantasmas huyeron*, nos narra los orígenes de un incunable, extraviado sólo por momentos... Un libro singular que hace vivo el tiempo de sor Juana. Ha captado, como muy pocos lo han logrado, el espíritu de sor Juana y su época.

*Carmen Rosenzweig, 1997*

*Las fantasmas huyeron* es una obra verdaderamente original, cuya urdimbre es la realidad (la vida del siglo XVII en el Convento de San Jerónimo) y su trama sorprende por su fantasía, tejida en torno al poema supremo de sor Juana Inés de la Cruz: el *Primero Sueño*. Deseo agradecer a María Eugenia Leefmans que nos haya brindado un libro tan valioso y hermoso como éste.

*Carlos Elizondo Alcaraz, 1999*

SDC

30  
ANIVERSARIO  
U A E M É X